

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID.

LLEVADO Á DOMICILIO.

Seis meses. 15 reales.
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la Administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.
En Provincias, en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 reales.
Un año. 38 »

AVISO IMPORTANTE á los Sres. Suscritores.— Para el buen orden y regularidad de esta administracion, no se remitirá número alguno al que no haya avisado su deseo de continuar la suscripcion antes del 1.º de enero de 1860.



Marfana se reclinó de un lado, y apoyando la cabeza en la mano.... (Pág. 822, columna 2.ª)

OCHO DIAS EN EL CASTILLO.

NOVELA ORIGINAL

DE FEDERICO SOULIE

TRADUCIDA POR

D. EDUARDO PERIE.

(Continuacion.— Véase el número 51).

— ¡Señor! señor! exclamó Mr. Perrin, á la actividad y al valor de ese jóven es á quien debo la vida; por lo tanto no permitiré que se le toque.

— ¿Quién sois, caballero? le dijo Mr. de Fernic. No os conozco, y quisiera saber con qué derecho estais en esta casa,

— Señor de Fernic, dijo Mr. Perrin, cuando llegue el caso todos tendremos que dar cuentas.

— Cuando gustéis, dijo Mr. de Fernic, y luego añadió: vamos, coged á ese miserable y atadlo de piés y manos.

Maricou estaba inmóvil y sonriendo con una increíble expresion de desden.

Dos ó tres criados y palafreneros se acercaron á él, pero con un visible sentimiento de temor.

— ¡Cómo! ¿Teneis miedo?..... exclamó Mr. de Fernic abalanzándose hácia Maricou.

Pero en aquel momento, interponiéndose Mme. Cros entre el marino y el labriego, dijo con una vivacidad llena de fuerza:

— Caballero, no toqueis á este hombre porque no lo permitiré.

— ¿Vos, señora?..... exclamó Frans con un acento en el que el afecto y el respeto apenas disfrazaban su cólera.

— Yo, caballero, le contestó Mme. Cros; yo, que encuentro muy extraño de que os atrevais á

dar órdenes aquí, sin el consentimiento de los que tienen mas derecho que vos.

—Señora, dijo Frans conteniéndose apenas, si vuestro marido quisiera disputar mis derechos preferiria entenderme con él.

—Mi marido, caballero, dijo Mme. Cros, no tiene nada que disputar aquí. Los que tienen algunos derechos en esta casa, son los herederos del conde de Chevalaine, es decir, el Sr. Cura, Mme. de Fernic, la señorita de Chevalaine, su hermano y yo. En cuanto á vos, puesto que se lo haceis entender á los demás, os advierto que no sois ni mas ni menos que Mr. Perrin.

—Señora, dijo Fernic, pálido de cólera, alguien me dará razon de ese insulto.....

—Convenido, caballero, dijo Mr. Camilo Perrin, convenido.

—Frans, repuso al momento Mme. de Fernic, no os ocupeis de esa gente; pero puesto que Mme. Cros me hace reconocer mis derechos, al reclamar los suyos, principio por mandar prender á ese hombre.

—Uno contra uno, dijo Mr. Perrin riéndose, á pesar de la gravedad de la situacion en que se encontraban.

—Os equivocais, caballero, repuso el cura, somos dos, porque soy del mismo parecer de mi hermana; por lo tanto quiero que se prenda á ese miserable, porque estoy seguro de que está de acuerdo con los malvados que han prendido fuego á la granja.

Mme. Cros miró en torno suyo y vió á Lucia que se dirigia hácia la puerta.

—¿Y vos, prima mia? le dijo vivamente, sois de parecer de que prendan á Mr. Maricou?.....

—Señora, vuestra proteccion le basta, contestó Lucia, que se habia puesto pálida de cólera al escuchar aquella interpelacion.

—Bien veis que no es bastante, repuso la primera.

Lucia, con los ojos bajos y rechinando los dientes, se quedó inmóvil por breves instantes, y por último, dijo:

—Creo que Maricou es inocente, porque hace mas de una hora que está encerrado con vos.

Una carcajada que se extendió por la multitud de criados que llenaban la habitacion, le advirtió á Mme. Cros que la injuria de Mlle. de Chevalaine no habia pasado desapercibida por los circunstantes.

La vergüenza de tener que contestar á dicho ultraje, dejó tan confusa á la esposa del banquero que no contestó ni una palabra.

Entonces Maricou se adelantó con impasible calma, y dijo con una dulzura que contrastaba singularmente con la irritacion de las personas que habian tomado parte en aquella discusion:

—Señorita, es verdad que hace una hora que estoy en la habitacion de Mme. Cros; pero al mismo tiempo que le contaba mi vida le referia la proteccion que me habiais dispensado.

—Esa proteccion no os faltará hoy tampoco, dijo vivamente Lucia. Os juro que no os prenderán, y mi hermano se unirá á mi..... ¿pero en dónde está? exclamó de pronto.

—Probablemente estará durmiendo, dijo uno de los hortelanos, y cuando está en la cama, aunque tiren un cañonazo al lado suyo, no se mueve.

—Id á despertarle, dijo la señora de Fernic, pues ya que cada uno hace valer sus derechos, harémos bien en escuchar su parecer.

—Esinútil, dijo Maricou, doy mil gracias á la señora y á su prima, por la proteccion que han querido dispensarme; pues estoy á vuestra disposicion toda esta noche y el dia de mañana.

—En tal caso, repuso Frans, humillado del papel subalterno que representaba, y del cual queria salir á toda costa, atadlo y encerradlo en lugar seguro.

—Caballero, repuso Maricou, ni vos ni todos los presentes me impedirian salir, si tal fuera mi voluntad. Me quedo porque es mi deber; pero no olvidéis que consideraré como enemigo al que se atreva á tocarme con un dedo, y os prevengo que sobre vos pesará la responsabilidad de la sangre que se vierta.

—Tiene razon, tiene razon, dijo Mr. Blanchet, que hasta entonces habia guardado un prudente silencio, del cual no hubiera salido probablemente si no hubiese juzgado necesario emplear su intervencion conciliadora.

Nadie tiene aquí un derecho legal de prender á este hombre, ni autorizacion para mandarlo arrestar, porque no se le ha cogido infraganti. El solo derecho que nos asiste es el de espulsarle del castillo.

Aun no habia acabado Mr. Blanchet de decir estas palabras, cuando se oyeron en el patio mil gritos de salvaje alegría, y casi instantáneamente fué invadido por todos lados el castillo oyéndose por doquiera los gritos de una multitud furiosa.

En vez de lanzarse fuera, para ver de qué provenia aquel estrépito, toda la servidumbre que se hallaba á la puerta de Mme. Cros invadió la habitacion como una erupcion volcánica, y una mujer cerró violentamente la puerta impulsada por el terror; de modo que todos los habitantes del castillo se encontraron encerrados en aquella pieza, escepto Mr. de Chevalaine que estaba durmiendo, segun decian, y del pupilo de Mr. Blanchet que estaba con su nodriza.

En aquel momento se oyeron precipitados pasos en el corredor en que estaba situada la habitacion de Mme. Cros; y se dirigieron hacia el segundo piso, en el cual principiaron á forzar las puertas y á destruir los muebles con unos gritos tan furiosos como iracundos.

—Abrid esa puerta..... exclamó Mr. de Fernic, y verémos á ver si derrotamos á esos bandidos.

—¿Sin armas?..... dijo Mr. Perrin.

—Aquí hay armas, repuso Mr. Cros, presentando sus pistolas á Mr. de Fernic con tanta prontitud, que en cualquiera otra ocasion le hubiera sorprendido.

Fernic se apoderó de ellas, y dirigióse hácia la puerta diciéndole á Maricou.

—En cuanto á tí, miserable, te prevengo que si sales de esta habitacion, te mato como á un ladrón.

—Maricou se interpuso entre la puerta y Mr. de Fernic diciéndole:

—¿Quereis que asesinen á todos?

—¡Miserable! exclamó el marino.

—¡Deteneos! dijo Lucia de Chevalaine, él solo puede salvarnos. Maricou, dijo con espanto volviéndose hácia el aldeano, me parece que oigo á Farrenc.

—Si..... Sí..... dijo Maricou, reconozco su voz.

—Que tome al menos estas armas, dijo Fernic, presentándole las pistolas.

—No tengo necesidad de armas..... dijo Maricou, solo os prevengo que no abrais esa puerta á nadie, suceda lo que quiera, y que cerreis esa ventana.

En aquel momento Mme. Cros se dirigió hácia ella para cerrarla; pero retrocedió lanzando un grito desgarrador.

—¿Qué pasa? exclamó Maricou.

—He visto caer..... un envoltorio blanco como si hubieran tirado á una criatura..... desde la ventana que está sobre la mia.....

—Pues es la habitacion de la nodriza, dijo Mr. Blanchet con espanto.

Y al mismo tiempo resonó en la habitacion un grito mas desgarrador que ninguno de los que se habian oido; y pasando Lucia violentamente entre Mr. de Fernic y Maricou, desapareció exclamando:

—¡Mi hijo! mi hijo! ¡Oh! Dios mio! le han muerto!

IX.

La tumultuosa escena que pasaba en el castillo de Chevalaine cambiaba de aspecto á cada minuto.

Porque en el momento en que Fernic habia querido que prendieran á Maricou, la intervencion inesperada de Mme. Cros habia protegido al hijo de Mariana; luego despues le sucedió la violenta irrupcion de los bohemios en el castillo; y por último, cuando todo el mundo principiaba á depositar en Maricou su confianza, el grito de Mlle. Lucia de Chevalaine «¡Han muerto á mi hijo!» habia sorprendido horriblemente á todos los circunstantes.

A pesar del espanto que experimentaban los habitantes del castillo, viéndose á la merced de una banda de foragidos incapaces de contenerse por nada, porque no tenian idea alguna ni del crimen que cometian, ni del castigo que les esperaba; á pesar de esto, repetimos, aquel grito de desesperacion que encerraba al mismo tiempo una revelacion tan estraña, dejó estupefactas á las personas que presenciaron dicha escena.

Principiaron á interrogarse todos con la vista, y ya iban á hacerlo mas directamente, cuando se oyeron gritos furiosos, entre los cuales se distinguian la voz poderosa de Lucia y la de otra mujer.

Todos reconocieron entonces quién era la que se atrevia á contestar con tanta altivez, á Mlle. de Chevalaine, porque Maricou exclamó lanzándose fuera de la habitacion:

—¡Mi madre! mi madre!

Aquella sola palabra obró una súbita revolucion en los ánimos.

Aquella multitud de criados tan espantados y temerosos pocos momentos antes, cambió su miedo en un vértigo de furor, al oír aquel grito de Maricou prorumpiendo en una imprecacion general.

—¡La envenenadora! ¡La envenenadora aquí! ¡Muerte! muerte á la envenenadora!

Y antes que nadie hubiera podido oponerse á este brusco movimiento, se precipitaron fuera de la habitacion profiriendo terribles amenazas.

El horror que inspiraba Mariana, debia ser

terrible, para cambiar instantáneamente la disposición de todos aquellos espíritus tan espantados no hacia mucho; y los señores Perrin y Fernic siguieron maquinalmente á la doméstica multitud, la cual los arrastró en su impetuosidad, sin que pudieran darse cuenta de si la seguían para apoyarla ó para contenerla.

Pero las circunstancias les dictaron sobre la marcha la conducta que debían seguir.

Apenas llegaron á la estremidad del corredor, vieron á la luz de algunas antorchas de paja enroscada, que los bohemios habían esparcido por todo el castillo, á dos mujeres que luchaban con furia vertiginosa.

Seguramente no hay nada que sea tan hediondo y tan grotesco á la vez, como el combate de dos mujeres, cuyos gritos son otras tantas injurias, con los cabellos desordenados y los semblantes lacerados con sus uñas; pero en aquella ocasión no existía el ridículo: era un combate á muerte entre Lucía de Chevalaine y Mariana; esta empuñaba un cuchillo, mientras aquella, aunque desarmada, tenía afianzado con hercúlea mano el brazo con que blandía el puñal, tratando de arrancárselo de la mano, no tanto para defenderse con él como para matarla.

Una y otra tenían cubiertos sus semblantes con esa palidez lívida, que proviene de la cólera y no del miedo, brillando en sus ojos ese furor sanguinario y salvaje que mira el asesinato frente á frente, con esa voz ronca que lo llama, con movimientos lentos, penosos y hasta convulsivos, y como reasumiendo mutuamente sus fuerzas para desprenderse de su contraria: Lucía y Mariana presentaban el cuadro que hemos descrito, pronunciando por intervalos estas furiosas palabras:

—¡Mariana!..... Mariana! tú lo has matado ..

—¡Me habeis engañado!.....

—¡Ah! beberé tu sangre, miserable!

—Me habeis engañado.

—¡Te mataré!

—¡Me habeis engañado!

La voz de Lucía adquiría una inflexión mas cruel á cada frase que pronunciaba, mientras que la de Mariana, sorda é inflexible, le contestaba como el sonido de un instrumento ronco.

Hé aquí lo que pasó.

Los criados se habían detenido ante aquellas dos mujeres, y como habían recogido las antorchas que los bohemios dejaron esparcidas por el suelo, iluminaban aquella furiosa lucha, espantados al aspecto de las dos enemigas, y sin poder prestar socorro á su ama, por una especie de instinto que los contenía á pesar suyo, diciéndoles que entre aquellas dos mujeres existía igual derecho.

Por último, con un movimiento de rabia sin igual, consiguió Lucía arrancar el cuchillo á Mariana, y antes que Fernic y Mr. Perrin, que llegaban en aquel momento, hubieran podido separarlas, Lucía dió tan tremenda puñalada á la bohemia, que esta rodó por el suelo, lanzando un profundo gemido.

Maricou llegaba en aquel momento tirando del brazo de Farrenc, que, habiéndole derribado, no podía levantarse, al cual arrastraba como pudiera hacerlo un caballo desbocado.

Al ver á su madre herida, Maricou soltó á Farrenc y se inclinó sobre Mariana para levantarla;

pero en el mismo instante, y cuando ya la tenía en sus brazos, se levantó Farrenc, y cogiéndole por sus largos cabellos, le dió tres puñaladas.

Maricou se levantó á su vez, y aunque herido, miró en torno suyo con ira tranquila y determinada; pero no apercibió mas que el semblante de algunos criados y á Mr. de Fernic y Mr. Perrin.

Farrenc se había escabullido por un lado y Lucía se alejaba por otro.

Maricou se quedó un momento de pié, sin que aparentase que sus heridas fuesen peligrosas; pero de pronto se turbaron sus ojos, palideció su semblante, y cayendo sobre sus rodillas, rodó luego despues por el suelo, murmurando estas palabras:

—¡Dios os perdone, madre mia!

Mientras que tenía lugar la escena que acabamos de describir en el piso inferior del castillo, algunos criados que se habían precipitado en pos de Farrenc, que gritaba: «¡Mariana ha muerto!» habían conseguido prenderlo.

Se habían apoderado igualmente de algunos bohemios, mientras que, sorprendidos otros por aquella noticia fatal, corrían diseminados en busca de la puerta por la que habían penetrado, y pocos momentos despues había desaparecido aquella salvaje invasión; pero casi instantáneamente tuvieron que dedicarse los habitantes del castillo á otros cuidados de distinta naturaleza.

En todas las habitaciones en que habían penetrado los bohemios, habían arrojado teas encendidas sobre las camas y junto á las cortinas de los balcones, y el incendio se había extendido por todas partes.

Necesario fué el ocuparse en salvar el castillo de las llamas, y en esta ocasión Frans de Fernic recobró una autoridad que nadie pensó disputarle.

—¡Seguidme todos! exclamó.

Y fué obedecido sin replicar.

Entonces distribuyó la mayor parte de los criados por las habitaciones en que se declaraba el incendio; condujo á los demás hacia el aljibe del castillo, y media hora despues todos los vestigios del fuego habían desaparecido; pero aquel movimiento había impedido el que se vigilara á los bohemios que se habían preso, los cuales se habían fugado.

Habíanse olvidado de Mariana y Maricou, y cuando Mme. Cros se trasladaba al salón del piso principal, en donde todos se habían reunido, tropezó, por decirlo así, con sus cuerpos, y principió á llamar á grandes gritos, á los que acudieron Mr. Cros, Mr. Perrin y Fernic, los que dieron la orden de que se llevaran aquellos cadáveres. Al primer esfuerzo que hicieron para levantar á Mariana volvió en sí, pues tanto ella como su hijo no habían dejado de existir, y como Fernic mandó entonces que la encerraran en una sala baja, le contestó aquella dirigiéndose á Mr. Cros:

—Llevadme á vuestro cuarto.

—Sí, sí, dijo Mr. Cros, á mi cuarto.

—Es la antigua habitacion de Mr. de Chevalaine, observó el marino.

—Precisamente, dijo Mr. Cros, recuperando con la admirable presencia de ánimo que tenía en ciertas ocasiones, el recuerdo del tesoro. Llévala á mi cuarto y allí trataré de sacarle quiénes son los culpables.

Gros-René, con la ayuda del cochero de Mr. Cros y de Burlaudas, levantaron á Mariana, y ya iban á llevársela, cuando Mme. Cros exclamó:

—¿Y su hijo?

—Que lo lleven á la cuadra, dijo Fernic.

—Sin embargo, caballero, repuso Mme. Cros, bien sabeis quién es ese desgraciado.....

—Señora, sea quien sea, le contestó Fernic con un tono casi impertinente, está bajo vuestra protección, y por lo tanto, pueden llevarlo á donde gusteis.

—No hay ningún cuarto desocupado, dijeron algunos criados.

—¡Llévalo al mio! exclamó Mme. Cros indignada al ver la crueldad de todos los moradores del castillo para con el desgraciado jóven. Luego añadió: ¿No hay nadie que me ayude á trasportarlo?

Mr. Camilo Perrin, el banquero y dos criados que no pudieron resistir al ver el ejemplo de sus amos, levantaron á Maricou, que no tardó en ser conducido á la habitacion de la hermosa parisiense, depositándolo en el lecho de aquella.

El infeliz respiraba todavía; pero necesitaba que le prestaran pronto socorros.

Mr. Perrin era uno de esos hombres que poseen teórica y prácticamente una multitud de conocimientos; por lo tanto, le hizo á Maricou una larga sangría, que lo sacó de su insensibilidad, pero que lo dejó tan débil al mismo tiempo, que apenas tuvo fuerzas para echar una mirada en torno suyo. Sin embargo, reconoció la habitacion en que se encontraba, y fijando sus ojos en Mme. Cros, le dijo con voz dulce y apagada.

—Erais vos la que debiais salvarme.....

—Vamos, vamos, exclamó Mr. Camilo Perrin, callaos, hijo mio, callaos y no será nada; ahora pensemos en vuestra madre..... Aunque añadió entre dientes, tal vez valdria mas el dejarla morir que salvarla para que fuera luego despues.....

Mr. Perrin sacudió la cabeza con violencia, como si hubiese experimentado un horror invencible hácia lo que iba á decir.

—Corina, repuso al momento dirigiéndose á la doncella de Mme. Cros, cuidad del enfermo.

Aquella orden no le agradó mucho á la doncella, porque contestó temblando:

—¿Y he de quedarme sola?

—Hé aquí á Gros-René, que nos viene como caido del cielo: ¿tendréis suficiente valor para quedaros los dos?

—La vieja quiere que vayais, le dijo Gros-René á Mr. Cros.

—Allá voy, repuso el banquero.

—¿Nos acompañais, señora? le preguntó Mr. Perrin á Mme. Cros; me parece que hariais bien en escuchar lo que tiene que decir esa mujer.

—Pero, repuso Mr. Cros con aire incomodado, me parece.....

—Es indispensable, dijo Mr. Perrin con autoridad.

—Pero..... repitió aun el banquero.

—Y tal vez, añadió Mr. Camilo Perrin en voz baja, seria conveniente el llamar á los demás herederos para que supieran lo que tiene que decir esa mujer.

—Venid, repuso Mr. Cros visiblemente contrariado.

Mr. Perrin agarró de la mano á Mme. Cros, invitándola á seguirlos.

Esta retrocedió; pero mientras Mr. Cros se adelantaba precipitadamente, Mr. Perrin, quedándose un poco atrás, le dijo en voz baja:

—Sed fuerte y tened valor, pues de lo contrario pueden hacer alguna felonía en vuestro nombre, y aunque estuvierais inocente, podriais sufrir sus consecuencias.

—¿Qué pasa? le preguntó aquella.

—No tengo tiempo de explicároslo; pero puesto que no os ha faltado valor en lo ocurrido, conservadlo ante el lecho de una moribunda, porque la bohemia está herida por una mano mas segura que la del que ha querido asesinar á Maricou.

El talento picante de la parisien apareció entonces como por encanto, y le contestó sonriendo dulcemente:

—¡Ah! mi querido Mr. Perrin! somos mas fuertes de lo que parece cuando no podemos desmayarnos con suceso.

—Entonces, repuso su interlocutor, si lo decís con todo el corazón, volveréis á París fuerte, sensata y razonable.

—¿No lo era antes de salir?

Mr. Perrin iba á contestarle con una de esas duras verdades, que decia generalmente en un tono tan paternal, que Mme. Cros no podía incomodarse, puesto que ella le provocaba á menudo, cuando Mr. Frans de Fernic se acercó á ellos, diciéndoles vivamente:

—¿No habeis visto á Lucía?

—No señor.

—Acabo de buscarla por todo el castillo y no la he encontrado; pero lo mas extraño es, que la nodriza ha desaparecido y el cadáver de la criatura igualmente.

—¡Ah! exclamó Mr. Perrin, tal vez no lo hayan asesinado.

—Debajo de la ventana de Mme. Cros, y en el sitio que vió caer aquel bulto que tanto la espantó, no hemos visto mas que una gran mancha de sangre.

Mme. Cros se estremeció al oír aquellas palabras, y dijo:

—¡Pobre niño!

—¿Pero qué queria decir Mlle. de Chevalaine? repuso Mr. Perrin, cuando decia:

—¡Han asesinado á mi hijo!

Mme. Cros apretó el brazo á Mr. Perrin para darle á entender que no le era del todo desconocido aquel secreto, y Mr. de Fernic repuso:

—No he oído tal cosa.

Fernic salía del cuarto de su abuela, al que se habian retirado el cura y Mr. Blanchet, entre los cuales habian convenido indudablemente que el honor de la familia exigía que aquel grito de desesperacion que habia lanzado Mlle. de Chevalaine, no debía ser oído de nadie.

A pesar de la advertencia de Mme. Cros, Mr. Perrin repuso al momento.

—¿Qué interés tenia Mlle. de Chevalaine para herir á Mariana? porque ella ha sido la que le hirió: ¿no lo habeis visto tampoco?

—Sí señor, repuso Fernic con visible disgusto; pero Mlle. Lucía de Chevalaine no tenia mas interés que el de defenderse, porque no era ella la que esgrimia el arma homicida, sino la bohemia: me parece que no lo negaréis.

—Sin embargo, ha huido.

—Caballero, dijo entonces Mr. de Fernic con altanería; ¿pensais tal vez que una mujer de su

nacimiento puede herir á otra en un momento de espanto invencible, y en un delirio que se comprende perfectamente al ver la invasion de esos miserables, sin que se figure que ha cometido un horrible crimen, y que el aspecto de una sangre que no ha derramado sino para defenderse, no trastorne su razon?

Mr. Perrin se sonrió y repuso:

—Lo que decís es muy justo, caballero; pero por qué en la lucha que hemos presenciado, le decia: «¡Tú lo has matado!»

—Caballero, dijo Mr. de Fernic, os advierto que vuestras observaciones me ultrajan, y que en ausencia de Mr. de Chevalaine no debo soportarlas por mas tiempo.

—Ya tenemos un asunto pendiente á causa de la señora; por lo tanto, os advierto á mi vez, que este nuevo incidente no lo hará mas peligroso, le contestó Mr. Perrin. Además, no olvideis que teneis otro con el caballero de Chevalaine, y que no podeis ir en contra y en favor suyo al mismo tiempo.

—Sea, caballero, repuso el marino desdeñosamente; pero lo que me sorprende es que vos, que tan caritativo os habeis mostrado con Maricou, no tengais ninguna compasion de una mujer que no creo valga menos que el hijo de una envenenadora.

—Tal vez, caballero.... dijo Mme. Cros pasando por delante de Frans, mirándolo con esaltivez que da á la mujer la impunidad de su sexo. Reunámonos á mi esposo, Mr. Perrin, repuso al mismo tiempo, y tal vez sepamos á quién debe tenersele piedad en esta casa.

Mr. Perrin siguió á Mme. Cros, despues de haber dirigido un saludo á Mr. de Fernic, que equivalia á decirle estoy á vuestras órdenes; y por último llegaron á la habitacion del banquero poco despues que él, pues las palabras que habian mediado entre los tres, habian sido dichas con suma rapidez.

Fernic se alejó por su parte, y despues de haberse informado de las personas que encontró á su paso, despues de recorrer el castillo en todas direcciones, salió de él en el momento en que principiaba á despuntar la aurora.

Antes de entablar la narracion de lo que pasó en la habitacion de Mr. Cros, debemos decir que algunos de los criados de la casa juzgaron que la inspeccion que el marino habia hecho en el castillo, fué demasiado larga, y que hubiera debido salir lo menos dos horas antes si no temia el encontrarse con algunos bohemios ocultos en los alrededores.

Dicha imputacion dió motivo á que se notase la hora en que Mr. de Fernic salió del castillo, y esta observacion no dejó de ser importante, como se verá despues, y por cuya razon hacemos mencion de ella.

X.

Cuando Mme. Cros y Mr. Camilo Perrin entraron en la habitacion en que estaba Mariana, oyeron á Mr. Cros que le decia con acento suplicante:

—Decidme, ¿no es por aqui donde está el pasadizo secreto que conduce al sitio donde se oculta el tesoro?

—¿El tesoro? le contestó Mariana con amargo desden; si hay tesoro, ó no lo hay, Dios lo sabe;

pero escuchadme atentamente, porque hay mas riqueza en mis palabras para vos, que las que podais encontrar en los subterráneos del castillo....

—Pierde la cabeza, murmuró Mr. Cros con impaciencia.

—¡Ah! ¿Habeis llegado ya, señora? exclamó Mariana al aperebir á la esposa del banquero; y luego añadió: ¿sois vos á quien mi hijo ha revelado sus proyectos?

—Os equivocais, no ha hecho mas que contarme sus desgracias.

—¡Ah! no las conoce aun por completo, que venga aquí y se las referiré una por una....

—Vuestro hijo no puede venir porque está herido como vos, dijo Mr. Perrin.

—¡Herido! exclamó Mariana tratando de levantarse del lecho en que la habian colocado: ¿ha sido ella? ¡Ah! ¡habrá querido asesinarle porque conoce el secreto de su deshonor!....

—Vuestro hijo no ha sido herido por Mlle. de Chevalaine, sino por Farrenc, dijo Mr. Perrin.

—¿Ha muerto? preguntó Mariana con voz ronca.

—No señora, le contestó el mismo.

—No me he dirigido á vos, caballero, repuso Mariana, sino á la señora.... á vos, prosiguió la misma, cuya beldad ha inspirado tanta confianza á mi hijo; vos, en fin, que sabréis indudablemente una parte de su historia y de la mia.... Respondedme francamente, porque si ha muerto, es inútil el que os diga nada. Si vive, le repetiréis fielmente mis palabras, y puede ser que entonces se despierte en él ese odio que me sostiene desde hace veinte años; puede ser que crea justo el matar al que nos ha engañado villanamente.... porque ahora le toca á él: si.... lo han engañado, lo han abandonado y se han burlado de él, porque no es mas que un pobre campesino.... ¡Ah! si pudiera escucharme.... si supiera.... Pero ya que no puede venir, iré yo hasta donde esté, porque tal vez no le diriais la verdad.... Dejadme que vaya á decirsela.

Y mientras decia aquellas palabras, hacia violentos esfuerzos para levantarse, y era tal la energía de aquella mujer, que, á pesar de la herida y de la cantidad de sangre que le faltaba, hubiera conseguido levantarse si Mr. Perrin no la hubiera contenido diciéndole:

—Os juro por mi honor y por el de la señora, en quien teneis confianza al parecer, que todo lo que nos digais le será fielmente repetido á vuestro hijo; pero pensad que una revelacion que, segun decís, debe ser muy importante, pudiera agitarlo demasiado y poner su vida en peligro.

—Teneis razon, dijo Mariana; moriria, y eso es lo que desean.... no, no le veré.

Guardó silencio por breves instantes, y luego repuso con un acento de ternura que contrastaba singularmente con la ferocidad que hasta entonces se habia espresado.

—No le veré mas.... porque me muero.... Si siento que se acerca mi última hora.... la mano que me ha herido iba bien dirigida.

A aquel pensamiento, reapareció en la mirada de aquella mujer toda su salvaje energía; hizo un gesto en el que se reveló su resolucion y dijo:

—¡Sí, sí, no tenemos tiempo que perder... necesito hablar! Vos, caballero, dadme alguna

cosa que me sostenga y que me permita contaros todo lo que tengo que revelar.

Mr. Cros le presentó al momento un vaso de vino de Madera, pues siempre tenía una botella en su cuarto.

—¿Qué haceis? exclamó Mr. Perrin ¿no conocéis que con eso sobra para producirle una fiebre que la lleve en dos horas á la eternidad?

—¡Dos horas de fuerza y de vida!..... exclamó Mariana apoderándose del vaso y desocupándole de un trago; con dos horas me sobra para uniros á mi causa, porque tambien quieren despojaros á vosotros.

—¡Miserables!..... murmuró Mr. Cros.

—Mas miserables de lo que creéis..... porque han cometido crímenes..... me llaman la envenenadora, y sin embargo, Lucía fué la que me sugirió la idea de matar á María.

—¡Ah! vuestro hijo tenía razon, prorumpió Mme. Cros con acento atribulado.

—¿Os lo ha contado, señora?..... ¿Os ha dicho lo que le prometió entonces Lucía?.....

—Vuestro hijo, repuso la parisien, me ha contado todo lo que le habia acontecido en su vida hasta el momento en que despues de haberlo trasportado al castillo, salió de él con la terrible sospecha de que vos y Mlle. de Chevalaine erais los autores de la muerte de la infortunada María, y que no atreviéndose á interrogaros, se trasladó al castillo que habitaba Mlle. de Chevalaine.

—¡Ah! cuando llegó él ya estaba yo allí, dijo entonces Mariana; pues habia ido á reclamarle la recompensa de lo que habia hecho por ella. Y..... si él no hubiera llegado en aquel momento, hubiera escrito y firmado lo que juró; y seguramente no hubiéramos llegado á este caso.

—Mme. Cros que veia reanudado por la gitana el hilo de la narracion que le habian interrumpido á Maricou, y teniendo curiosidad de saber lo que habia pasado, le dijo: ¿con que estabais en el castillo de Mlle. de Chevalaine cuando llegó Maricou?

—Sí, le contestó Mariana, mirando fijamente á la pared y hablando mas bien como si se explicara el cuadro que se presentaba ante sus ojos, que para contestar á Mme. Cros: sí, estaba sentada junto á una mesa y con una pluma en la mano cuando él entró. Lo habia espiado á menudo, cuando hablaba con su padre en la landa, y mas de una vez tuve ocasion de observar con un dolor inaudito, la tristeza y la dulzura que se retrataba en su semblante cuando se acercaba á él. ¡Oh, Dios mio! tan solo conmigo era terrible y severo..... y aquel dia me espantó.

—¡El! dijo Mme. Cros con admiracion: ¿le teniais miedo?.....

—No lo sabe, dijo Mariana con amargura; ¡ah! no, ni tan siquiera sospecha que sus palabras me hacian temblar, y que cuando me miraba cara á cara, hubiera vuelto el semblante, como hubiera cerrado un libro en el que hubiera podido ver mis pensamientos. Pero no..... Mariana ni se ha sonrojado, ni ha palidecido, ni ha bajado los ojos ante nadie. No ha adivinado nunca que era mi amo y mi juez; y sin embargo, infinitas veces he estado pronto á perdonar á todos porque conocia que mi venganza le hacia desgraciado. No, lo ha ignorado siempre, porque no lloraba sino á mis solas..... y entonces oraba y me acusaba á

mi misma..... ¡Ah! si me hubiese comprendido una hora ó un momento..... si hubiera maldecido á su padre y á esa María; si hubiera soñado un solo instante la venganza que meditaba, le hubiese detenido, y le hubiera suplicado que renunciara á ella para que no llegase á ser tan culpable como yo..... y sin embargo, lo detestaba, porque no comprendia que tenia el derecho de vengarme..... ¡Ah! cuánto me ha hecho sufrir!...

Mariana guardó silencio despues de lo que llevamos referido, y á una señal de Mr. Perrin, le dijo Mme. Cros:

—Luego entonces, el dia que os encontré en el castillo de Mlle. de Chevalaine, debió ser para vos muy desgraciado.

—Sí, repuso Mariana; y sin embargo, aquel dia habia vencido..... sí, era fuerte, porque habia descargado el último golpe.

—El mismo crimen que acababa de cometer me sostenia; pero cuando entró, cuando me miró con el semblante livido y sus ojos preñados de lágrimas y enrojecidos por el dolor, cuando su mirada desesperada se fijó en Lucía y en mí, pasando indistintamente de una á otra, Mlle. de Chevalaine inclinó la cabeza llorando amargamente, y yo creí que iba á pedirle gracia.

Un esfuerzo supremo me salvó: le miré á mi vez cara á cara, y poniendo mi mano sobre la cabeza de Lucía, le dije con tranquilo acento, pues hacia esfuerzos para que mi voz apareciese segura.

—Sí, es verdad, he sido yo..... pero lo he hecho por ella.....

Se dejó caer en un sillón, ocultando la cabeza entre sus manos, sin pronunciar ni una palabra, ni lanzar un grito..... pero muy en breve, vi que sus lágrimas se deslizaban por entre sus dedos con un silencio desgarrador, mientras Lucía seguia llorando y gimiendo. Aquella debilidad me devolvió mis fuerzas.

—Maricou, le dije, ¿vienes á acusarnos y á denunciarnos á ambas? vienes para entregar al verdugo á tu madre y á la que amas por que han derribado el último obstáculo que se oponia á tu fortuna? ¿quieres nuestra muerte por que te hemos hecho el único heredero de un nombre que hasta ahora te han negado?

Levantóse apartadamente con una calma fria é impasible, quedándose un momento inmóvil ante nosotras, con el corazon lleno de quejas y maldiciones.

Vi vagar en sus labios el anatema que queria lanzar sobre nosotras; pero Lucía lloraba, y sus lágrimas caian una á una sobre su cólera, apagándola por momentos en su alma.

En cuanto á mí, no tenia ninguna parte en aquel silencio..... y si no me dijo nada, era por que Lucía estaba llorando.

Cuando os he dicho que he sufrido horriblemente, no os he engañado..... ¡Oh! sí, he sufrido mucho!..... aquel silencio no lo interrumpió sino para pronunciar una frase que me hubiese destrozado el corazon, si en aquel momento no le hubiera devuelto con creces el dolor que taladró mi pecho.

Dió un paso hácia ella, y con un acento en el que se traslucia mas dolor y mas piedad que cólera, le dijo dulcemente:

—Lucía..... ¿por qué habeis escuchado á mi madre?

Esta inclinó su frente..... ¡ah! ¿os habeis figurado que tenia valor?..... ¡Os equivocais!..... no tiene mas que la hedionda pasion del dinero; repito, pues, que inclinó la frente sin atreverse á contestar.

¡Ah! si hubiese pronunciado una sola palabra en defensa mia, me hubiera acusado para salvarla..... ¿Qué me importaba el cargar con la responsabilidad de haber matado á la hija despues de haber asesinado á la madre y al hermano? ¡Pero no..... no hay nada en el corazon de esa hija de la nobleza!

Sin embargo, la dejé bastante tiempo para que recapacitara..... la advertí apretándole el brazo... pero ocultó el semblante entre sus manos y no dijo una palabra.....

La llamé en voz baja..... porque sabia que la amaba Maricou: y como habia amado á María, porque era buena y pura, no habia querido mostrarle á Lucía en toda su desnudez para evitarle un dolor inmenso; mas al ver que me abandonaba cobardemente, exclamé:

—Lucía no ha seguido los consejos de tu madre; sino tu madre es la que ha obedecido las órdenes de Lucía.

—¡Sus órdenes!..... exclamó Maricou, en cuyo semblante apareció una espresion tan desconsoladora, que solo entonces conocí el tesoro de amor que se encerraba en su pecho.

Hubiera podido detenerme; pero me habian hecho ambos demasiado mal para que los perdonara.

—Sí, sí, le contesté, he obedecido sus órdenes; ella ha sido la que vino á buscarme á las barracas; ella ha sido la que me indicó la cacería, y ella en fin ha sido la que me dijo el modo con que atraeria á María hácia el sitio donde estaba la cuerda que debia derribar el caballo para precipitar á la víctima..... Sí, todo lo habia previsto, todo lo habia calculado con una exactitud admirable, y por último, hizo todo lo que podia hacer.

En aquel momento, Mariana se calló de pronto, y dirigiéndose despues con nueva exaltacion hácia los que la escuchaban, repuso con desesperado acento:

—¿Sabeis lo que me contestó? sabeis cuál fué la primera idea que asaltó su espíritu; cuando le demostré que Lucía era mas criminal de lo que yo habia sido?..... Pues fijó en mí una mirada desolada, y me dijo:

—¿Erais vos, madre mia, la que sostenia la cuerda?..... ¿Fuisteis vos la que despues de rematar á la infeliz, que no habia sucumbido en su caída, con una piedra, la tirasteis lejos de allí?.....

No acusaba á nadie, sino á mí, á mí sola; y sin embargo, se equivocaba; pero al que yo hubiera podido acusar, le hubiera matado, y no quise que castigase á nadie, para que sintiera todo el dolor de la venganza; así es que le dije:

—¿Y aun cuando lo haya hecho, no era mi deber, Maricou? Porque es necesario que sepas que para decidirme me ha prometido que obtendria de tu padre el que te reconociese, y que te hicieran conde de Chevalaine. Además, me ha dicho que te amaba, y que el dia en que fueras conde de Chevalaine se casaria contigo, cuyas promesas iba á firmarme cuando llegaste, y no tardará en firmarlo ante ti, puesto que has llegado.

Aun no habia concluido de pronunciar estas palabras cuando Maricou, apoderándose de los papeles que habia sobre la mesa, los desgarró exclamando con furor:

—¡Lucia! ni escribais ni firmeis nada! no quiero en premio del crimen que se ha cometido, ni vuestra mano, ni vuestro amor, aunque pudierais brindarme con él..... ni nada de lo que os hayan exigido!—Nada..... ¿entendeis?..... y su voz era atronadora.

—¿Pero que vas á hacer? exclamé.

—Huir de este país maldito, me contestó, para no veros ni á una ni á otra. ¡Ah! Lucia, Lucia! no era así como queria obteneros.

—Por lo que os llevo dicho, repuso Mariana dirigiéndose á Mme. Cros, con esa dolorosa amargura que habia en sus palabras desde que principió á hablar, comprenderéis que no pensaba mas que en Lucia, y que yo no existia para él sino como una criminal, que no se dignaba acusar, y que no podia compadecer.

Algunos gemidos se escaparon del pecho de Mariana convulsivamente, y su fisonomía, que respiraba como su lenguaje una dignidad ruda que habia contraído en la lucha que sostenia con su hijo, desapareció de pronto, y las entrañas de la madre se revelaron en ella prosiguiendo con una especie de abandono.

—¡Oh! sentí que se hacia trizas mi corazón, cuando me dijo que se iria, y por la primera vez de mi vida lloré delante de él.

¡Dios mio, Dios mio! ¿qué sentimiento le habeis inculcado en su corazón para que tanto me aborrezca? No me dijo nada, ni siquiera me dirigió la palabra; y tan solo cuando Lucia le dijo: «Os ruego que os quedeis,» fué cuando vaciló. Y sin embargo, se hubiera marchado, á pesar de sus súplicas, si no le hubiese dicho que queria ser su mujer, y que el amor que le tenia era lo que la habia estraviado.

Si, si, añadió Mariana con un orgullo singular; la noble Mlle. de Chevalaine le ha dicho á mi hijo que lo amaba; y seguramente no era él el que suplicaba en aquel momento; era ella..... Y no fué por culpa suya, pues volvia la cabeza rechazándola..... Pero aquello era mas fuerte que él y la perdonó..... si, le tendió la mano.

—¿Y á vos? le dijo entonces Mme. Cros compadeciéndose de la angustia con que hablaba aquella madre.

—¿A mi? repuso la bohemia; ni me contestó, ni desde entonces me ha vuelto á hablar de dicha escena, absteniéndose de nombrar en mi presencia á su padre y á María.

Mme. Cros se apercibió entonces de que habia lastimado el dolor que queria consolar, y repuso vivamente:

—¡Dios mio! ¿y cómo podia amar á esa Lucia hasta ese punto?

—¡Oh! si, la amaba, y ese amor es la sola esperanza que me queda.....

Si, la amaba..... y si le hubiese adivinado como yo, cuando le dijo con un acento tan triste como terrible: «¡Lucia, no me engañeis nunca!» no hubiera hecho lo que ha hecho.

Le miré cuando pronunció aquellas palabras, y me alegré interiormente, porque conocí que llegaría un dia, cuando lo hiriesen en su alma como habian hecho conmigo, insultándolo, despreciándolo y abandonándolo..... en que se acordaría que corria por sus venas esa sangre maldita,

que es el patrimonio de nosotros los habitantes de las barracas..... Y ella lo ha engañado..... ¡Si supieseis, añadió Mariana bajando la voz con salvaje entonación, cómo lo ha engañado!.....

A estas palabras, Mme. Cros y Mr. Camilo Perrin se aproximaron á la bohemia, mientras que Mr. Cros escuchaba con un oído solamente examinando al mismo tiempo la habitación con mucho cuidado, como si de aquel modo pudiera descubrir el tesoro oculto, único motivo por el que se imponia la paciencia de escuchar lo que conceptuaba como cuentos de vieja.

Pero el curso de aquella confidencia tomó de pronto un carácter muy distinto llamándole la atención.

XI.

Mariana estaba recostada de lado, apoyando su cabeza en la mano derecha, y su postura era tan graciosa, que hubiera hecho olvidar que estaba herida mortalmente, si los ánimos hubiesen estado menos atribulados. En aquel momento se animó su semblante con una expresión tal de triunfo, que chocó á Mme. Cros y Mr. Perrin.

Una sonrisa tan imperceptible como burlona, que dejaba adivinar la seducción y la coquetería que habria poseído aquella mujer, vagó un momento en sus labios, y dirigiéndose directamente á Mme. Cros como á una mujer que debia comprenderla, exclamó:

—¡Si, me ha engañado! Esa hermosa señorita que monta á caballo, que sabe manejar la escopeta tan bien como el látigo, y que manda á la gente que la rodea como si fuera un hombre..... esa rica heredera, repito, ha sido mas falsa y mas cobarde con Maricou, que hubiera podido serlo una pobre jóven, débil, abandonada y sin valor.

Mme. Cros, que ansiaba llegar por momentos al desenlace de aquel horrible drama, trató de impulsar á Mariana para que continuara la narración de los hechos, y le dijo:

—¿Con que despues de haberla perdonado, lo ha engañado?

(Se continuará).

LA HIJA DE ANTONIO PEREZ

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE D. PEDRO ESCAMILLA.

(Continuación.—V. el n.º 51).

—Vengo á pedir os un favor, querido Isaac, le dijo con su siempre meloso acento.

Isaac temblaba de las exigencias del sacristan.

Detrás de Lopez veía, sin saber por qué, la hoguera ó la cuerda.

Y era una temible vision para quien, como el hebreo, tenia su conciencia algo sobrecargada.

—Decid lo que gustéis; pero sed muy breve, porque no puedo disponer de mucho tiempo.

—Tambien á mi me esperan en otra parte, circunstancia que me obliga á ser conciso: escuchadme, pues; ante todo necesito dinero.

Isaac suspiró con fuerza.

—¿Cuánto quereis? dijo salmodiando un berrido.

—Dadme, si los teneis á mano, doscientos escudos.

Estas palabras pasaron por los oídos del judío

y fueron á caer sobre su corazón como otras tantas gotas de plomo derretido.

—Veo que empezais á abusar indignamente de vuestras ventajas.

—Vos lo creéis así, y no tengo ningun interés en persuadiros de lo contrario; no obstante, si preferis.....

—Tendréis el dinero, dijo Isaac interrumpiéndole y levantándose, aunque con trabajo y como si le pesara haber condescendido tan pronto; pero Lopez, con su calma habitual, le asió de un brazo obligándole á sentarse.

—No os molesteis, querido amigo, es preciso que antes oigais otra proposición que vengo á haceros.

—Adelante, murmuró el judío volviéndose á sentar.

—Ignoro si sabeis que soy soltero, y por si acaso, os lo digo ahora; pero el celibato me fastidia extraordinariamente, y tengo vivisimos deseos de perpetuar mi nombre, lo cual quiere decir que he decidido casarme.

Isaac escuchaba atónito sin comprender el oculto objeto de aquella conversacion.

Lopez, sin apercibirse de ello, continuó:

—Vos teneis una hija soltera tambien; una muchacha hermosa como la aurora de un dia de primavera.....

—¿A dónde vais á parar? preguntó el judío algo mohino.

—Suplicoos que no os incomodeis, pues no hay motivo para tanto: vengo ni mas ni menos que á pedir os la mano de Lia.

Y Lopez se quedó tan sereno como si nada hubiese hablado.

Isaac se puso en pié: miró al sacristan de hito en hito por un instante, y despues, volviéndose á sentar, pasó la mano por la frente como para alejar una idea importuna. El sacristan le contemplaba en silencio, pero con la mirada fija y tenaz de un ave de rapiña; y aquellas miradas y aquel silencio prolongado anunciaban una violenta tempestad.

—¿Os habeis hecho cargo de mi proposición? dijo Lopez despues de un breve instante.

El judío sin contestarle volvió á levantarse, abrió un armario embutido en la pared, y sacando un bolsillo verde bien repleto y por entre cuyas mallas se veía brillar el oro, le arrojó sobre la mesa murmurando:

—Ahí teneis vuestro dinero, suplicoos que salgais, pues ya os he dicho que tengo prisa.

Pero el sacristan, sin dignarse volver la cabeza hácia donde estaba Isaac, le dijo.

—Cuando me contesteis categóricamente á la pregunta que acabó de dirigir os, os dejaré libre de mi presencia.

—Es demasiado honrosa la alianza que me proponeis para la hija de un miserable hebreo, contestó Isaac con ironía.

Lopez se levantó; guardó el bolsillo, y poniendo su mano derecha sobre el hombro de Isaac, continuó:

—He sido un tonto: confieso que esta proposición debia habéros la hecho en el átrio de san Andrés delante de D. Juan.

Isaac se estremeció.

—Pero ya que preferis otra cosa, añadió Lopez, irá á pedir vuestro consentimiento al Tribunal del Santo Oficio.

— Salid, dijo Isaac señalando la puerta de la habitacion, no temo vuestras amenazas; con la hoguera debajo de mis piés os negaria lo que acabais de pedirme. Además, que vos no podeis probar nada: todo ello no pasará de ocho ó diez dias de calabozo, porque os exigirán testimonio de vuestra acusacion, y el muerto no se levantará de la sepultura para atestiguar la verdad de vuestras palabras.

— Ya sabeis, querido, que vos en esa parte sois muy desgraciado, y que hay muertos tenaces que en caso necesario probarian que el hebreo Isaac ha derramado mas de una vez la sangre de sus hermanos.

— Yo he visto la luna iluminar el rostro de D. Juan, y os juro por vida mia que no me probará que miento.

— ¿Con que es decir que os negais á todo arreglo amistoso?

— Si desistis de esa idea, si me asegurais formalmente que vuestras anteriores palabras solo han sido una chanza para asustarme sacándome algunos escudos, os ofrezco mi amistad; pero sabed que si Lia no puede ser manceba de D. Juan, tampoco vos la tendréis por esposa.

— Está bien; no volveré á molestaros con ridiculas pretensiones, ni vuestros cansados párpados sostendrán por mucho tiempo la luz del sol.

Y esto diciendo, Lopez salió de la habitacion dejando al judío sin saber lo que le pasaba.

— ¡Dios de Israel! exclamó este así que se quedó solo.....

!Oh! es preciso deshacerme de esa serpiente infernal que se levanta erguida para morderme.

Ya el sol habia llegado á la mitad de su carrera, y el judío seguia encerrado en su aposento sin que nadie supiera en qué se ocupaba.

La casa estaba desierta: solamente el pobre Martin vagaba por la azotea como si esperase al cuervo que habia oido graznar tan lúgubremente la tarde anterior.

La actitud del pobre loco era meditabunda.

Con la mirada fija en el limpio azul del cielo y la barba apoyada en la mano, sufría sin que al parecer le molestase gran cosa un calor de treinta grados que hacia hervir el agua en un puchero.

Así trascurrió una hora.

De pronto se sintió en la calle rumor de pasos acompasados, y hasta cuatro esbirros vestidos de negro á las órdenes de un alcalde de casa y córte, doblaron la esquina, parándose ante la puerta del judío y dando un fuerte golpe con el aldabon.

Al ruido que hicieron, salió Martin de su profunda meditacion, y despues de mirar con estraviados ojos el grupo que hizo salir algunas vecinas curiosas á las ventanas, bajó precipitadamente á abrir la puerta de la calle.

La mision del alcalde se reducía ni mas ni menos que asegurar la persona de Isaac en uno de los calabozos del Santo Oficio, y como se le encontraron de manos á boca en el primer descanso de la escalera, no tuvo gran cosa que hacer el golilla para cumplir su encargo.

En vano quiso el judío resistirse por medio del ruego y la persuasion, todo fué inútil, y no hubo mas sino emprender en compañía de la justicia el camino de la cárcel.

Isaac abandonó su casa á Martin, que estaba profundamente sorprendido, y partió.

Un hombre habia oculto detrás de un pilar de una casa contigua, devorando con satisfaccion al judío que marchaba tan bien escoltado.

Este hombre era el sacristan.

Así que hubo perdido de vista al pobre hebreo se dirigió á la casa, y llamó.

— ¿Quién es? preguntó Martin desde lo alto de la escalera.

Aquella voz sorprendió al sacristan.

— Abrid, contestó con resolucion.

Martin se asomó por un ventanillo de la puerta.

— ¿Qué se os ofrece, Sr. Lopez?

— ¡Calle! me conoceis!

— Perfectamente.

— Necesito ver á Lia para darle un recado de parte de Isaac.

— Dádmelo á mí que es lo mismo.

— No puede ser.

— Entonces, adios.

Y Martin cerró con estrépito la ventanilla, dando á Lopez, como vulgarmente suele decirse, con la puerta en los hocicos.

Todo volvió á quedar en silencio.

— Maldito contratiempo, murmuró el sacristan mientras volvia á llamar con bastante brio.

Pero nadie contestaba.

— Será cosa de echar la puerta abajo, porque yo necesito ver á esa muchacha.

Y menudeaba los golpes, que era cosa de quedarse sordos.

— ¿Qué buskais? preguntó la temblona voz de una vieja asomada á la ventana de un miserable zaguan.

— ¿Qué os importa, comadre?

— Es que no hay nadie en la casa, y es inútil que aporreeis la puerta.

— ¿Que no hay nadie, decis? pues y Lia?

— ¡Bah, bah! Lia ha salido anoche en una litera con la vieja Berta: estaba yo casualmente asomada á la ventana cuando las vi partir; por señas que la niña iba llorando.

Pero las últimas palabras de la buena comadre no tenian auditorio, porque Lopez, así que adquirió la certeza de que Lia no estaba en la casa, salió disparado como una bala, derribando al volver la esquina de la calle de Segovia á un honrado menestral que estuvo á pique de quedarse sin narices.

— Ese hombre está loco sin duda, murmuró la vieja quitándose de la ventana.

VI.

LA CASA DE LA ALMUDENA.

El reloj del Alcázar acaba de dar las nueve de la noche. El cielo se va cubriendo poco á poco de cenicientas nubes que se abren de vez en cuando, para dar paso á un luminoso relámpago.

La tempestad se acerca con la salvaje armonía que la precede siempre.

No transita un cristiano por la calle.

Los medrosos vecinos de la villa, recogidos en el último rincon de su vivienda, se preparan á afrontar la tormenta con cirios y oraciones.

Sin embargo, no todos se entregan á tan piadosas ocupaciones, y aun hay algunos que dándoseles un ardite los cavernosos truenos que ya empiezan á llenar el espacio con su formidable ruido, esperan, á pesar de la lluvia que se desprende de las nubes, alguna persona ó alguna cosa.

En la calle de la Almudena, esquina á santa Maria, hay un bulto recostado en la pared, que mas parece una antigua escultura que persona humana.

La densa oscuridad que le rodea, impide reconocer su sexo, y nada es bastante á distraer su atencion.

De repente, y con un brusco movimiento, se retira un poco hácia la derecha ocultándose con los sillares de la esquina.

Es que ha visto avanzar otro bulto, encapotado como él, por el portillo de la Vega.

Al llegar frente de santa Maria se detiene y saca una linterna que vuelve á esconder rápidamente, repitiendo dos veces la misma operacion.

Alguna señal convenida entre ambos personajes debe ser, porque el que estaba oculto y esperando se dirige con rápido paso al de la luz.

— ¿Eres tú, Martin? preguntó una voz de mujer débil y armoniosa.

El interpelado, por toda contestacion, bajó el embozo de su capa aproximándose á la cara la linterna.

En efecto, es Martin, nuestro antiguo conocido, mas pálido y demacrado que de costumbre, y con la mirada mas triste y melancólica.

— Cuánto has tardado, le dice la dama mientras ambos se retiran á un lado de la calle.

— No ha sido culpa mia, contestó Martin con apagado acento.

— Y bien, ¿has visto á Lia?

— La he visto.

— ¿Has podido hablarla?

— No, y es precisamente lo que me tiene de mal humor.

— ¿Qué gente hay en la casa?

— Una mujer, que es su carcelera.

Ambos guardaron silencio por algunos instantes: luego continuó la dama:

— Martin, es preciso ver á Lia esta noche.

El niño no pronunció una palabra.

— ¿Has oido? quiero verla ahora mismo.

— Es imposible, murmuró Martin.

— ¿Por qué?

— Porque ese hombre no tardará en llegar, y podemos ser sorprendidos.

— Con la noche tan tempestuosa no acudirá tal vez.

— Nunca falta.

— No importa; yo quiero saber quien es ese hombre que tanto se recata para entrar en esa maldita casa; necesito conocerle.

— Dejadme á mi solo; yo lo arreglaré todo con tal de estar solo..... ¡Oh! esta noche está muy triste Martin..... algun peligro amenaza á mi pobre hermana.

— ¿Por qué hablas de ese modo? ¿qué has visto?

(Se continuará).

HISTORIA ILUSTRADA

DE LA GUERRA DE ÁFRICA

El 30 de noviembre á la una de la tarde, una multitud inmensa de moros descendiendo de las montañas vecinas á Ceuta, se dirigió con grande gritería al campo de nuestros soldados. El gene-

HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.



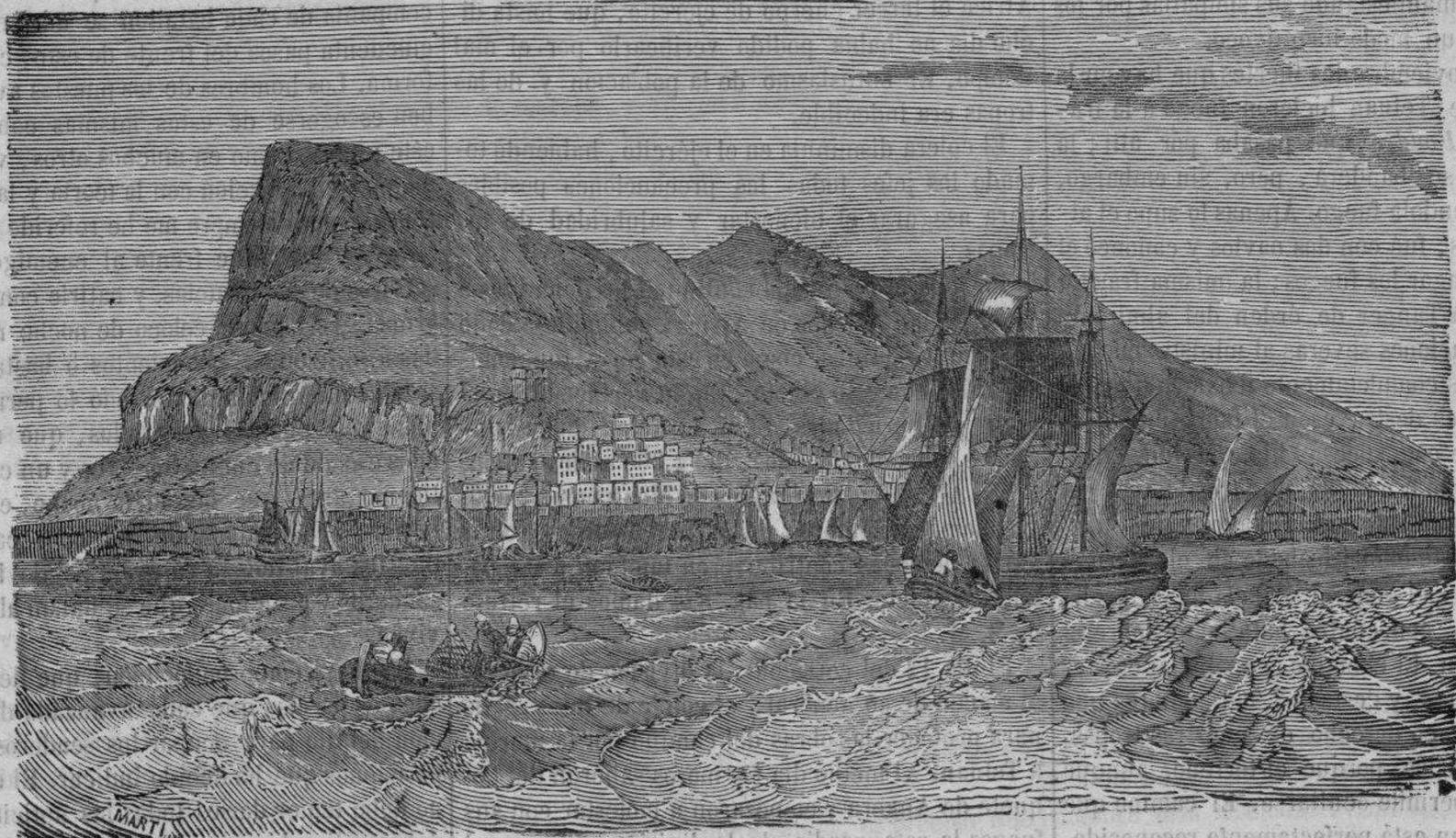
S. M. la Reina D.^a Isabel II.

por D. Miguel de Lobo no cesaron de hacer disparos con granada y bala a los moros que se retiraban por el lado de Tetuan. Este combate, que es el mas sangriento de los que han tenido lugar desde la ruptura de las hostilidades nos ha costado unos 45 muertos, entre ellos algunos oficiales, unos 300 heridos y 43 contusos: el enemigo tuvo proxicamente 4,000 hombres fuera de combate. Nuestras tropas dieron ejemplos repetidos de su valor heroico y de su entusiasmo; los moros se batieron tambien con mucho valor y murieron defendiendose, a pesar de que varias veces les aconsejaron que se rindieran. Esta tenacidad en el combate, hizo que este se convirtiese en una verdadera carniceria, quedando el campo cubierto de cadaveres. Seria imposible hacer la enumeracion de los rasgos de valor particular que hubo en este dia: varios jefes

y oficiales han merecido especial mencion del general en jefe que, en uso de las facultades concedidas por S. M., ha ascendido a algunos en el campo de batalla, y muchos sargentos, cabos y soldados han sido propuestos para la cruz de Maria Isabel Luisa, siendo la de algunos pensionada. Cartas de Melilla de fines del mes pasado decian que los rifeños no cesaban de molestar a la plaza desde que empezaron las operaciones en Ceuta. La guarnicion de Melilla habia hecho una salida, y en ella habian destruido todas las defensas de los moros, que, amedrentados desde aquel dia, no se volvieron a presentar con la arrogancia que antes, si bien demostraban siempre la misma saña. Correspondencias de dicho punto manifestaban tambien que era inutil ocultar a los moros los preparativos que se hacen en España; porque se hallan perfectamente enterados de todo lo que

habian, no tanto las tropas moras; con la guerra de Melilla de las que se negaba a que quedara de pedirme. Ademas, que vos no podais probar nada: todo esto no pasa de ocho o diez dias de combate, porque se exigen testimonios de vuestra accion, y el merito no se levanta de la reputacion para asignar la verdad de vuestros hechos. — Ya sabais, querido, que vos en esta parte sois muy desgraciado, y que hay muchos ejemplos que en caso necesario prueban que el hecho Isaac ha demostrado mas de una vez la ganancia de sus hermanos. — Yo he visto la luna iluminar el rostro de D. Juan, y os juro por vida mia que no me probara que mentaba. — Con que es decir que os negais a todo esto a amigos? — Si desista de esta idea, si me negareis formalmente que vuestros anteriores palabras solo han sido una charra para asustarme sacandome algunos escudos, os ofrezco un mil ducados, pero si pod que si ella no puede ser mi esposa, yo tambien voy a la tierra por el resto de mi vida. — Esta bien; no volvera a ser mi esposa, pero si dichas pensiones, si me negareis por los puros sostenidos por el resto de mi vida. Y esto diciendo, dejando al juicio sin decir nada. — Dios de las misericordias! Oh! es preferible el infernal que se me ofrece. Ya el sol ha salido, y el juicio sin que nadie sepa. La casa esta vacia. Martin varaba el cuerpo que habia caido. La actitud del Con la mirada fija en la tierra apoyada en la mano parecia le molestase gran grados que hacia hervir el agua. Asi trascurto una hora. De pronto se sintio en la calle rumor acompasado, y hasta cuatro espaldas vestidas negro a las puertas de un alcalde de casa y corte doblaron la espalda, parandose ante la puerta del juicio y dando un fuerte golpe con el alabastro.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.



Gibraltar.

concierno á nuestras operaciones militares. Segun escribian de dicho punto á la *Correspondencia de España*, parece que se estaban alistando voluntariamente en aquella plaza algunos moros al servicio de España, y que habian de llevar el nombre de *Tiradores del Riff*. La causa de esto eran las exacciones y atropellos que hace tiempo sufren de los mismos de su país.

Un periódico militar decia que se calculaba que habia 8,000 moros en Tánger, 20,000 al frente de Ceuta, y 20,000 en la costa de Tánger y en el campamento de Sierra Bullones; pero todo esto no pasaba de ser una conjetura mas ó menos probable. El estado interior del Imperio parecia ser mejor que hasta aquí: el emperador habia reprimido una insurreccion militar hacia poco tiempo, pero recientemente la guardia negra que custodia el tesoro de Mequinez se sublevó contra él amenazando que se apoderarian del tesoro si no se entraba en tratos con ella. El emperador, temiendo una guerra civil en estas circunstancias, les cedió el último trimestre de las contribuciones, que importa cerca de doce millones de reales. Esta transaccion le ha granjeado el afecto de varias kabilas y moros de la llanura, que se le han sometido, habiendo quedado ya reconocido por las principales ciudades del Imperio y proclamado por los hulemas en la mezquita de Mequinez como sucesor en trigésimosétimo grado en línea directa y masculina de Ali, yerno de Mahoma. Las tribus que se le han sometido ahora no esceden del número de 50,000 almas; pero las tribus principales, y en particular los chelloks y los berberiscos del Atlas, no han respondido á su llamamiento, privándole así de tropas considerables.

La *Crónica de Gibraltar* decia, que, tratando el emperador marroquí de disminuir los horrores de la guerra, ha prohibido que se mate á los prisioneros hechos en el campo de batalla, y para que esta orden tenga efecto, ha prometido cuatro

ducros por cada prisionero vivo, y un ducado por cada cabeza de cristiano que haya muerto en combate; pero como el periódico citado es de conocida parcialidad, y sus noticias no suelen ser exactas, no podemos dar á esta entero crédito mientras no sepamos su realidad por otro conducto.

El periódico el *Norte de Bruselas*, que ha defendido repetidas veces la conducta del gobierno español en esta cuestion, publicó á principios del corriente un notable artículo bajo el titulo de «El Derecho de España en la cuestion de Marruecos,» y del que traducimos los siguientes párrafos:

«Si la Inglaterra se ha contentado, en efecto, es por que ha comprendido que era insostenible la pretension que habia anunciado en un principio, de impedir por su interés particular, que el gobierno español exigiese la satisfaccion de sus quejas ó las garantías necesarias á la España, para poner en el porvenir sus posesiones africanas al abrigo de las incursiones y de los insultos de los moros. La España es dueña de no contentarse mas que con garantías materiales eficaces, es decir, dueña de ocupar á titulo de conquista toda la parte del territorio marroquí que crea necesaria para poner á cubierto su navegacion, su territorio y sus fortalezas. Respecto á la Inglaterra, la España no se ha obligado mas que á una cosa; á respetar «los intereses existentes y los derechos de todos los pueblos,» es decir, á no ocupar de un modo permanente ningun punto del territorio marroquí que pueda darla una superioridad peligrosa para la libre navegacion del Estrecho. Creemos que para esto no habia necesidad alguna de esos compromisos escritos que la Inglaterra reclamaba con tanta instancia.

«Es preciso advertir que el gobierno español rehusó terminantemente desde un principio la mediacion amistosa que el gabinete de San James la habia ofrecido cortesmente, para evitar así hasta la sombra de una intervencion extranjera en ne-

gociaciones que interesan tan vivamente al honor de la España.

«Nos basta con los documentos presentados para convencernos de que el gobierno español no ha faltado á nada de lo que debia al país, y á sí mismo, y que la España queda libre en efecto, tanto ahora como antes de esas negociaciones, cuyos lados peores están á cargo de la Inglaterra, para obrar en Marruecos como lo crea conveniente, tanto para su seguridad como para sus intereses; libre como lo fué la Francia despues de 1830 á pesar de las vagas promesas que habia hecho por instancias tan poco justificadas como estas, y en circunstancias análogas.

«La España obrará en el pleno ejercicio de su soberanía, que no puede ser limitada por el interés singular que la Inglaterra tiene por la barbarie africana. La España no está obligada, no está comprometida mas que á respetar los intereses generales y los derechos establecidos, es decir, la libre navegacion del Estrecho. Allí unicamente es donde encuentra un interés y un derecho superiores, ante los cuales se detiene su omnipotencia soberana..... Nos cuesta trabajo, en verdad, creer que las quejas que la Inglaterra ha hecho sobre esto al gobierno español sean serias, y que haya podido temer ni un momento que el gobierno español pensase en adquirir en Africa una posicion dominante que comprometiese la libre navegacion del Estrecho de Gibraltar. Fuera de esto, todo le está permitido á la España, y la Europa no consentiria, sin duda, que ningun interés particular, ni ninguna preocupacion exclusiva pusiera, respecto á esto, un limite á su poder.»

Como una muestra de las mentiras que se complacen en esparcir por Gibraltar, debemos mencionar una carta escrita á unos moros residentes en dicho punto, por otros de Marruecos, y en la que les decian hablando de la accion del 25 de noviembre: «Habeis de saber que hemos cogido

al gran cristiano que se llama O'Donnell y le vamos á fusilar. » La *Crónica de Gibraltar* seguía dando noticias completamente inexactas respecto á la guerra, y manifestando sus simpatías por los marroquíes de un modo inequívoco.

A fines de noviembre los fuertes que hay en la barra del río de Tetuan hicieron fuego á la fragata francesa *Foudre* que pasaba por allí; la fragata afirmó su bandera, pero, sin embargo, siguieron haciéndola fuego. Apenas lo supo el almirante francés, fué con dos navíos y cañoneó el fuerte hasta apagar los fuegos; la misma fragata pasó despues á Tánger de orden del almirante para dar esplicaciones severas al ministro marroquí El-Katif. Es completamente inexacto que los buques franceses destruyesen el fuerte; pues al día siguiente de este suceso, hicieron fuego desde el mismo punto á uno de nuestros buques del bloqueo que le contestó con la mayor valentía.

Segun un parte oficial fechado en el Otero el 3 del corriente, el general Zabala habia hecho un movimiento con cuatro batallones sobre el campo de Tetuan. El enemigo ocupaba las crestas de Sierra Bullones, y destacó 3,000 hombres que siguieron el flanco derecho de nuestras tropas, pero sin molestarlas, porque el terreno, aunque escabroso, no permite ocultarse. El camino que conduce á Tetuan está perfectamente reconocido, pues nuestras tropas han llegado en sus exploraciones á seis millas de la poblacion.

Noticias recibidas por conducto inglés suponen á esta plaza perfectamente fortificada, principalmente por tierra. Dicen que el emperador cuenta con unos 40,000 hombres y muchos voluntarios que han acudido, porque se ha aumentado la paga.

Segun parte oficial del 6 del corriente, el general en jefe seguía en el Otero sin haber sido molestado desde el día 30 de noviembre, y seguía aumentando las obras de fortificacion para dejar completamente asegurada la posicion conquistada. El 8 del corriente, el general Prim hizo un movimiento de flanco sobre Tetuan, llegando hasta á dos leguas de la plaza, con el objeto de proteger el trabajo de limpiar el camino de malezas, y hacerle practicable.

El 9 del corriente, por la mañana, los moros atacaron con grande impetu los reductos de Isabel II y Francisco de Asis; pero habiendo sido rechazados por las compañías que los guarnecen, descendió al valle dominado por los fuertes, y generalizando su movimiento ofensivo atacó de nuevo en número de 10,000 hombres proxíamente. El segundo cuerpo, que cubre el servicio avanzado, tomó posiciones atacando á su vez á los moros y desalojándolos por completo. El primer cuerpo y la division de reserva hicieron un movimiento para apoyar las fuerzas que avanzaban; pero no hubo necesidad de que entrasen en fuego. Las pérdidas de nuestras tropas son: 6 oficiales muertos y 35 heridos y contusos. De soldados ha habido 75 muertos, 260 heridos y 30 contusos. El enemigo dejó en el campo unos 300 muertos, habiendo tenido además 1,000 heridos proxíamente. Una gran parte de nuestros heridos lo están levemente. El general en jefe, al dar el parte, hacia mencion especial del general Zabala, del general García, jefe de Estado mayor; de los generales Orozco, O'Donnell (D. Enrique) y Rubin, y del brigadier Mackenna, diciendo que

citaria aun mas en el parte detallado que tenia que dar.

El 11 del corriente se embarcó en Málaga para Africa el tercer cuerpo de ejército, que hasta dicho día no habia podido verificarlo por el mal tiempo. El entusiasmo de la poblacion y de las tropas era indecible.

El cólera disminuía en el ejército, habiendo tomado los jefes todas las precauciones posibles para asegurar el bienestar y salubridad de las tropas.

En toda la Península continúan los donativos á favor de los heridos en Africa, habiéndose dado en algunos puntos, como en esta córte, funciones teatrales con este objeto. En la verificada en el teatro de Variedades, S. M. la Reina, cuya bondad es conocida de todos, dió 2,000 reales vellon, y SS. AA. RR., los duques de Montpensier, 500. Los demás miembros de la real familia y otras varias personas contribuyeron tambien á tan patriótico objeto. En la pág. 824 damos el retrato de S. M.

El día 12 del corriente, la division de reserva, al mando de su general, el conde de Reus, salió para proteger las obras del camino por la marina á Tetuan. Al medio día los moros salieron del boquete de Angera y empezaron á molestar con sus fuegos la retaguardia de la division. El general en jefe dispuso que esta fuese reforzada con batallones del primer cuerpo, teniendo todas las fuerzas dispuestas por si el fuego se generalizaba en toda la línea, cosa que no llegó á verificarse. El general en jefe vió desde el reducto del príncipe D. Alfonso, al enemigo victoriosamente rechazado. La pérdida de los moros debe haber sido de consideracion, pues el terreno, aunque muy quebrado, no era á propósito para su modo de combatir. Nuestra pérdida ha sido de unos cuarenta hombres entre muertos y heridos. En el número próximo daremos mas detalles á nuestros lectores.

El general Ros de Olano habia llegado con su division el día 12, habiendo quedado completamente desembarcada con todo el material, etc., el 13 á las cuatro de la tarde.

El grabado de la pág. 825 es una vista de Gibraltar.

M. A. DE ERRO.

Erratas.—Por una equivocacion se han trocado los dos grabados que representan las escuadras inglesa y española, debiendo decir *inglesa*, y estar en el número 47 el que se halla en el 50 y dice *española*, y el que dice *inglesa*, en el número 47 debe estar en el 50, y decir *española*.—En el número 50, pág. 792, columna tercera, línea 24, dice *novia*, debiendo decir *familia*, cuya errata se repite en la viñeta de la página siguiente.

DE LA GUERRA EN ÁFRICA

POR

EL GENERAL YUSUF.

(Continuacion.—Véase el núm. 51).

COLOCACION DE LAS GUARDIAS Y DE LOS PUESTOS DE AVANZADA.

Desde la vispera se designa un oficial superior

para que vaya colocando las guardias y puestos de avanzada.

En el momento que acampa la columna, una compañía de cada batallon se adelanta á ciento cincuenta pasos del frente de este, cuya guardia forma. Los hombres de los puestos avanzados deben escogerse de estas mismas compañías. En este punto, como en muchos otros, voy á hallarme en contradiccion con la teoria y la táctica europeas; pero siempre me he referido á los resultados, y creo que frente al enemigo es preciso servirse de sus astúcias, y batirle con sus propias armas. Así, pues, coloco de noche mis avanzadas á seiscientos, ochocientos ó hasta mil pasos, si la configuracion del terreno lo permite. Multiplico mis puestos avanzados, que ninguno de ellos escede de cuatro hombres y un cabo. Si hay tiempo antes que llegue la noche, el oficial superior, acompañado de todos los cabos de los puestos avanzados, va examinando los puestos, senderos y posiciones que se hallan alrededor del vivac.

Les hará comprender bien, que llegada la noche, es preciso que cada avanzada deje su posicion del día para ocupar los senderos, parajes y posiciones que ha debido indicar. El comandante no debe temer darles todas las noticias posibles; debe explicarles, con la mayor claridad, que están allí, no para ser abandonados, segun la expresion militar, de centinelas perdidos, sino para la seguridad del campo, que depende enteramente de su vigilancia. Llegada la noche, los comandantes de compañías de las guardias mayores envian cada uno veinticinco hombres con un oficial á ciento cincuenta pasos delante de su compañía. Engañados así los árabes sobre los puntos que ocupan vuestros puestos, el enemigo ó los ladrones, que no son menos temibles, intentando introducirse en vuestras líneas, procurarán evitar los puestos que han visto durante el día, y se arrojarán inevitablemente, como ha sucedido mas de una vez, en los que acabais de colocar.

Al despertar, los puestos avanzados deben unirse á las guardias mayores, y estas entrar en la columna en el momento de la asamblea.

En las montañas, es preciso que todas las alturas que rodean al campo y que se hallan á lo menos á dos tiros de fusil, estén ocupadas por guardias de dos, tres y hasta cuatro compañías, segun la importancia que estas posiciones puedan tener para el campo. En este caso, preciso es no olvidar tampoco hacer guardar los valles que separan estas alturas. En esta situacion no debe vivaquearse en cuadro, porque seria bastante difícil á causa del número de hombres que habeis enviado delante; pero se puede remediar dejando largos intervalos entre las compañías.

Voy á consignar aqui una estratagemas, que nos ha sido en extremo útil, para tender lazos al enemigo, en nuestros puestos avanzados.

Se toman cuatro cañones de fusil atados juntos, y puestos sobre una plancha de modo que una sola bateria pueda hacerlos partir á la vez. Los cañones están cargados con muchas balas cortadas. Se colocan en los senderos mas próximos á nuestros puestos avanzados, á unos doscientos pasos de distancia. Se ata á la bateria un alambre que se fija en una estaca ó en un árbol, atravesando el sendero y los merodeadores enemigos

vienen á tropezar necesariamente con este alambre; los golpes parten matando ó hiriendo á muchos, y dan el alerta á las pequeñas avanzadas, al mismo tiempo que el enemigo huye asustado, creyendo haber caído en una emboscada.

Preciso es tener cuidado de colocar el alambre á la altura de la cintura del hombre, porque si estuviera demasiado bajo, un chacal ó cualquier bestia feroz podría tropezar con él y daros una alarma falsa. Estos lazos no deben prodigarse mucho. El comandante de la columna debe hacerlos colocar él mismo, é indicar á sus emisarios y exploradores los caminos que deben seguir para entrar en el campo ó salir de él, á fin de que no sean víctimas de un lazo tendido al enemigo, como lo he tenido que deplorar algunas veces.

Las avanzadas deben estar á una gran distancia; por este medio, á la primer alerta, las guardias tienen tiempo de tomar las armas, y la columna no se ve sorprendida nunca.

Es una imprudencia muy grande aproximarlas y tenerlas á la mano en cierto modo: una noche en el campo de los Telluinet, provincia de Oran, los árabes, sin haber sido vistos á tiempo, forzaron tan bruscamente nuestras líneas y vinieron tan cerca de nosotros, que se vió al mariscal Bugeaud despertar él mismo á los soldados, ponerlos sobre las armas, y coger por los hombros á nuestros soldados de infanteria medio dormidos y abrumados de cansancio. Desde aquel día, el mariscal comprendió la utilidad de colocar las avanzadas á una gran distancia.

Semejante accidente, que podría ser un peligro, puede evitarse colocando avanzadas á mil pasos de los fuertes del campo.

No se crea que estas avanzadas esten espuestas á ser quitadas: los árabes han observado vuestro campo, vuestras guardias; pero como no conocen esta nueva disposicion, vienen confiados, y cuando se oyen los disparos de fusil, creen haber caído en una emboscada seria, y retroceden. Finalmente, ninguno de esos puntos ha sido quitado nunca. Los árabes conocen bien la posicion y la fuerza de las guardias; saben que hallarán resistencia en ellas; pero desconfian, porque creen que es una fuerte emboscada, destinada á ponerlos entre dos fuegos. Estas avanzadas son inútiles durante el día, porque serian vistas, y podrían, en este caso solamente, correr el riesgo de ser quitadas: no deben, pues, colocarse sino durante la noche, y de día suplirlas con centinelas de caballeria que ocupan las alturas.

SALIDA DE UNA COLUMNA DEJANDO EL VIVAC.

La diana debe tocarse una hora antes de amanecer: este es el instante en que los soldados acostumbran á comer el rancho (1). El botasillas un cuarto de hora despues, y media hora mas tarde el botacarga. Este intervalo es muy necesario para dar á los soldados tiempo para lim-

piar, ensillar y recogerlo todo con cuidado, porque la mayor parte están aun dormidos.

Si los hombres están obligados á apresurarse, sucede que los caballos ó caballerias se ven inutilizados con frecuencia despues de algunas horas de marcha, y vienen á ser un gran obstáculo. Las columnas han entrado sin poder llenar su mision, porque tenian demasiadas caballerias lastimadas, lo cual no habria sucedido ciertamente si se hubiese dejado á los soldados el tiempo necesario para ensillar y arreglarlo todo perfectamente. Un sargento de cada cuerpo, designado de antemano para toda la campaña, está encargado de cuidar y vigilar los bagajes, y hacerlos marchar en orden. Al toque de asamblea, este sargento hace que se unan al convoy los bagajes de que va encargado, y los coloca en su orden de marcha. Media hora despues del botacarga, la columna se pone en movimiento. Quienientos á seiscientos pasos despues de la salida del vivac, debe detenerse para dar á cada tropa el tiempo de tomar su distancia en orden de marcha, y hacer reunir á los que se han retardado. En el articulo de las marchas de noche, hablaré del caso en que hay que ponerse en camino antes de amanecer.

A datar de esta primera salida, es preciso que la columna no reciba ninguna contraorden, y que su marcha esté arreglada perfectamente. Debe hacerse alto á cada hora de marcha, durante el invierno, á causa del terreno fangoso, y en el verano, á causa del calor. Cuando los hombres marchan sin sacos, la columna debe hacer alto á cada hora y media. No debe darse la señal de saco á la espalda y marcha, sino cinco minutos despues que la retaguardia ha hecho la señal de alto.

Cuando las tres medias llamadas han sonado en el Estado mayor, todos los cuerpos deben batic marcha simultáneamente, á fin de que toda la columna parta como un solo hombre. El menor atraso desarregla la distancia entre los batallones, y los hombres se ven obligados á tomar el paso apresurado para volver á ganar el terreno; de ahí las fatigas inútiles que siempre deben procurarse evitar.

En campaña no hay cosas pequeñas, lo que parece fútil ó poco importante, es muchas veces causa de obstáculos y de atrasos, y el comandante de esta columna no debe descuidar ninguna de estas precauciones (1).

(Se continuará).

SECCION RELIGIOSA.

LA ULTIMA CAMPANADA DE LAS DOCE DE LA NOCHE, EN EL ÚLTIMO DIA DEL AÑO.

Lentamente suena la campana. Una tras otra se oyen doce vibraciones desde lo alto de la torre del templo cristiano, y la última vibracion me-

(1) Nada iguala al celo que el general de Lamoriciere ponía en vigilar los minuciosos pormenores que traen consigo la marcha de una columna y la instalacion del vivac, sobre todo cuando era tan maravillosamente secundado durante sus laboriosas campañas en la provincia de Oran, por MM. Pelisier y de Créuy, los dos jefes del Estado mayor, modelos del ejército de Africa.

¡Así, con qué confianza marchaba la tropa bajo tales jefes!

arranca un triste suspiro. ¡Ah! qué impresion tan profunda causan en el alma las campanas, esa invencion del obispo de Nola, Paulino, y de las que dice el célebre Chateaubriand, que tienen secretas relaciones con el alma! «¡Cuántas veces, dice este grande escritor, en la calma nocturna, los tañidos de una agonía semejante á las pulsaciones que un corazon experimenta, no han sorprendido los oidos de una esposa adúltera! ¡Cuántas veces no han llegado hasta el ateo en el momento en que hablaba ú osaba escribir acaso que no hay Dios! La pluma se escapa de la mano al hombre con espanto al oír la fúnebre voz de la muerte que parece decirle ¡Con que no hay Dios! Admirable religion, que con el solo golpe de un bronce mágico puede trocar en tormento los placeres, intimidar al ateo, y hacer caer el puñal de las manos del asesino!»

Si las campanas producen siempre, segun la espresion del gran escritor de la Francia, esos efectos, hay sobre todo una noche en que ese efecto es mas terrible, la noche del día último del año en que, al dar las doce, el último golpe del despiadado reloj, separa el año espirante del año que empieza; en que ese sonido grave, lento, solemne de las doce campanadas, hace temblar al hombre mas insensible. Entonces nos recuerda que un año mas de los de nuestra vida se ha hundido en el abismo de la eternidad, y que otro eslabon se ha desprendido de la cadena que nos sujetaba á la vida, y que hemos dado un paso mas hácia la muerte, hácia el sepulcro, hácia la eternidad.

Las campanas tienen un lenguaje general para el cristiano. La Iglesia ha sabido emplearlas para todo, como un medio de anunciar sus alegrías, sus desgracias, y tambien la necesidad de auxilio. En los grandes conventos, situados á la orilla del mar, se tocaban y tocan todavia las campanas en las noches de tempestad para avisar al trémulo piloto el rumbo que debe tomar y los escollos que debe evitar. Nosotros mismos hemos presenciado en las noches no menos terribles en que los aludes suspendidos en las cimas de los Alpes, se derrumban en los valles; en aquellas noches en que el viajero, perdido en medio de las nieves, siente un frio mortal deslizarse en sus venas, flaquear sus rodillas, abandonarle el valor, que entonces el sonido de la campana viene de pronto desde el hospicio de San Bernardo á darle fuerzas y esperanza: á aquel sonido, que resuena en la soledad como la voz de la caridad, halla el desgraciado en sí bastante energia para resistir al pérfido sueño que se apoderaba de él, dirigiendo sus vacilantes pasos hácia el sitio de donde vienen aquellos sonidos libertadores. Un religioso le sale al encuentro, y le sostiene y tranquiliza.... pero sin el sonido de las campanas, acaso aun el mismo religioso hubiera llegado tarde á ellas debe el viajero haberse salvado.

Las campanas echadas á vuelo en una parroquia á que van contestando con su toque particular las otras parroquias, anuncian mejor y mas pronto que cualquier pregon, que hay un incendio y á donde, y que es menester acudir á él.

Las campanas tienen cánticos de alegría para anunciar las regocijos públicos: anuncian las victorias, anuncian tambien los días de desastres y de discordia civil, que atraen sobre los pueblos una desolacion general.

Las campanas se tocan en el campo para ahuyentar la tempestad que amenaza la cosecha. Las campanas son las voces con que nos hablan los templos desde la elevacion de sus torres, cual si estuviesen animados y dotados de un alma inteligente.

Estas campanas que nos hablan todos los dias de la brevedad y de la incertidumbre de la vida, anunciándonos la muerte de nuestros parientes, de nuestros amigos, de nuestros jefes, frecuentemente repentina, siempre inopinada, nos hablan de una manera mas solemne, mas terminante en el último dia del año, y en la hora solemne de la media noche. El tiempo huye de nosotros, y la eternidad se acerca. La ilusion que aumentaba los objetos se ha disipado con la pérdida del tiempo: nada real encontramos en lo que ya pasó; nada grande, nada laudable, como no sean las obras de piedad; nada grande, sino lo que sea digno de la eternidad.

El gran pensamiento de la muerte es el que á todas horas reclama la vibrante campana del reloj, y con expresion mas fuerte y desgarradora en el momento en que al dar las doce de la noche separa el espacio del año que espira, del año que comienza. Fecunda en enseñanzas, ¡cuántas almas hace volver al Señor esa hora solemne del último dia del año!

Al pensamiento de la muerte, al ver la nada de las grandezas humanas, al contemplar el cadáver de la emperatriz Isabel, la esposa de Carlos V, desfigurada por la muerte, un grande de España, un capitán general, el duque de Gandía, Francisco de Borja, abandonó el poder y todas las vanidades de la vida, y trocó sus galas por el modesto sayal de la compañía de Jesus. El lindo abate Rancé, que habia comenzado por llevar una vida de disipacion y de placeres, compañero de todos los señores de la Foronda; aquel sacerdote que no recordaba los deberes de su estado, al volver de una partida de caza, y al entrar en una habitacion de la duquesa María de Montbazón, que era su querida, quedó estupefacto al ver aquella hermosa persona, que formaba todas sus delicias, fria, inanimada, con los labios lividos, la frente ceñida de una corona de flores que él le habia dado. Aquella imagen terrible de la nada de la vida, en todo lo que tenia de imprevisto, causóle una impresion tan profunda, que una negra melancolía reemplazó su alegría. Le eran insoportables las noches cuando consideraba que aquella criatura que habia brillado en la corte mas que ninguna mujer de su siglo, no existia; que habian desaparecido sus encantos, vendió sus bienes, los distribuyó en limosnas y fué el reformador de la orden de la Trapa.

Al sonar la última vibracion de las doce, desaparece el año de 1859 para dar lugar en la carrera de la eternidad al de 1860. ¡Quiera el cielo que el año de 1860 sea mas feliz para nosotros que lo ha sido su antecesor! Este, antes de hundirse en el abismo, ha sacudido sobre el mundo la antorcha de la guerra, y los campos de Magenta y Solferino han visto correr á raudales la sangre. Los campos de Africa han visto caer tambien las primicias de los heroicos españoles, que renovando las glorias de las Navas y de Lepanto, han acudido allí á vengar los ultrajes hechos á la patria por aquellos bárbaros sin fé y sin civilizacion. Ha sacudido tambien el

azote de la peste, y en muchas partes del globo, y en las hermosas provincias españolas del medio dia, el cólera se ha ensañado con sus habitantes y llenado los cementerios de cadáveres. ¡Ojalá el año de 1860 vea prósperos los campos de España y tremolar victoriosas sus banderas en la Mauritania!!!

De todos los sucesos recientes de este año, que acaba de desprenderse de nuestra vida, y cuyas vibraciones en lontananza del sonido del bronce de la campana estremecen aun nuestros oidos, la parte del viaje de la vida, que ha precedido á esta media noche última del año, está ya tan distante de nosotros, como el viaje de Ulises ó de Jason. En este abismo de lo pasado, los instantes y los siglos tienen la misma longitud. ¿Tiene acaso el porvenir mas realidad? Se encuentra uno entre dos nadas en equilibrio, como sobre el filo de un cuchillo. Nada hay tan inconcebible como el tiempo. Parece á mí que no existe realmente, y que lo que así se llama, no es mas que un castigo del pensamiento.

Lo cierto es que el hombre es nada, que el mundo es una ilusion, y que el profeta David en sus salmos asentó una gran verdad, y es que solo Dios sabe de qué barro estamos formados; conoce la debilidad del espíritu del hombre, y sabe que va y viene sin cesar, juguete de los sucesos de la vida y de los caprichos de la suerte.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTIFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

La luz, la vista y los instrumentos ópticos.

ARTÍCULO TERCERO.

Antes de proseguir nuestros estudios sobre las materias á las cuales se refiere el proemio de este artículo (véanse los números 47 y 51 de la LECTURA), nos ocuparemos de una de las aplicaciones mas interesantes de la luz artificial, ó sea de los faros que indican al navegante; así en tiempo de calma como en las noches tempestuosas, los escollos que ha de evitar y la situacion de las costas que recorre, siendo el complemento de la brújula, y ambos instrumentos, aparatos maravillosos que preservan á los marinos de los naufragios y desventuras que en época no lejana les era imposible evitar, cuando las costas sin alumbrado ocultaban los bajos, contra los cuales iban á estrellarse los buques y á encontrar una muerte segura sus tripulaciones.

No es hoy, por cierto, la primera vez que hemos evidenciado al ocuparnos de los progresos de las ciencias aplicadas, y al comparar los que alcanzan actualmente, con sus pasados adelantos, la inmensa distancia que la humanidad ha recorrido en breves años: á cualquiera de las ciencias, á las cuales nos contraigamos, en todas es visible y sorprendente el hecho que nos ocupa; pero en pocas es tan sorprendente como en las que se refieren al alumbrado público y privado, ó sea á las industrias que, aceptando los progresos de la física y de la química, sin desdeñar los adelantos de la mecánica, han utilizado sus leyes, sus prescripciones y sus descubrimientos, para prestar focos y aparatos de luz artificial al hom-

bre y á todas las industrias, dignos todos de su admiracion y estudio.

La historia nos cuenta, y las sociedades estrañas á la civilizacion así lo evidencian, que los pinos ó las teas encendidas son el alumbrado primitivo del hombre: á este se sustituyó despues la combustion de las materias grasas liquidas por medio de una mecha ó torcida constantemente alimentada, gracias á los efectos de la capilaridad, de dichas sustancias; alumbrado anterior al empleo de las mechas contenidas en el interior de las materias sólidas y combustibles, tales como las velas de resina, de sebo, de cera, y por último, como las bujías que hoy nos alumbran, industria portentosa creada por la química en nuestros dias. Sin detenernos en esponer las invenciones modernas, que señalan perfeccionamientos notables, así en la construccion de las diversas lámparas que consumen para su alumbrado sustancias liquidas, como en los que han surgido en la elaboracion de las bujías, por ser asuntos que requieren artículos especiales; y sin pararnos en señalar la importancia del alumbrado por medio del gas y de la luz eléctrica, aplicaciones maravillosas de agentes físicos, mecánicos y químicos, de los cuales hemos tratado en algunas de nuestras *Lecturas*, pasaremos á ocuparnos, cumpliendo nuestro propósito, de los faros, ó sea del alumbrado dispuesto en las costas para señalar á grandes distancias, á pesar de las nieblas y de la oscuridad, la existencia de la tierra y la situacion de los escollos que deben evitar los buques.

Espongamos desde luego algunos de los principios teóricos que sirven de base á la produccion del alumbrado, al cual nos contraemos. La observacion y las esperiencias nos indican que todos los cuerpos al calentarse, no se vuelven luminosos á la misma temperatura, siendo los cuerpos mas duros los que adquieren con mayor prontitud dicha propiedad. Si en el hogar de una fragua, por ejemplo, situamos al mismo tiempo un trozo de hierro y otro de cobre, de iguales dimensiones, el primero se notará luminoso é incandescente antes que el segundo; y un cuerpo blando ó líquido exigirá mayor cantidad de calorico para alcanzar iguales propiedades. El vidrio, espuesto á la accion de un horno, se vuelve luminoso antes de fundirse; y ya en fusion, pierde dicha propiedad, la cual solo recobra cuando se aumenta nuevamente la temperatura. Si comparásemos la combustion de los líquidos con la de los gases, observaríamos diferencias tambien notables, así en los grados de calor que necesitan para aparecer luminosos, como en la intensidad de la luz que producen unos y otros. Es decir, que la ciencia, por medio de sus observaciones, ha encontrado medios para aumentar y disminuir la intensidad de la luz artificial que le conviene crear.

Para utilizar los rayos luminosos, se han ideado ciertos aparatos, denominados *reflectores*, contruidos de planchas metálicas brillantadas, que, dispuestas en la parte posterior de los aparatos que se emplean para el alumbrado, reflejan la luz que las hiere, y aumentan considerablemente su intensidad. Si en un aposento, en el cual existe un espejo, se sitúa ante este una luz, el alumbrado será mucho mas intenso que si no se recurre al medio que acabamos de indicar. En el

alumbrado de los aparatos que se emplean en los trenes de los caminos de hierro, en las estaciones de los mismos y en los faros, puede notarse el uso de los reflectores para proyectar la luz según una misma dirección. La forma de los reflectores no es arbitraria: su superficie debe ser parabólica, por poseer esta la notable propiedad de dirigir, según una dirección única, los rayos de luz. En muchas ocasiones es indispensable dotar con diversos colores el alumbrado: en los ferro-carriles, por ejemplo, el color de aquel indica precaución unas veces, detención otras, y vía libre en muchas. Para lograr luces de matices diferentes, se disponen en los faros vidrios del color cuya luz desea obtenerse. No terminaremos este párrafo sin contraer la atención de nuestros lectores sobre el mágico efecto que originan los vidrios de colores, lo propio al proyectar sobre ellos sus rayos el sol, como podemos notar en las vidrieras de muchos templos, que al emplearse en las iluminaciones públicas.

El uso del alumbrado para indicar á los navegantes los puntos de las costas y los escollos que deben evitar á la entrada de los puertos, es indudable que se remonta á la mas remota antigüedad; pero no es menos cierto que Arago y Fresnel, comisionados al efecto por el gobierno francés, han sido los que, llamando en su auxilio á la óptica, han encontrado medios para crear el alumbrado que hoy vemos practicado por todos los pueblos civilizados, y que, venciendo á la niebla y á la oscuridad, proyecta á larga distancia su luz, mil veces bendecida por el buque, sin cuyo auxilio hubiera encontrado triste fin entre las olas que azotan las costas con su indomable pujanza.

Fresnel, cuyo nombre immortalizan en todos los mares los faros por él inventados, y que son el resultado de continuadas esperiencias y de estudios concienzudos, construyó una lámpara provista de cuatro mechas y de un aparato ingeniosísimo, que alimenta á aquellas de aceite constantemente, manteniendo con igual intensidad su luz. Pero el gran invento de Fresnel consiste en el reflector que combinó para los faros, tanto para reconcentrar los rayos en un solo haz de dirección dada, como para evitar los inconvenientes que hubiera ofrecido la aplicación de los reflectores metálicos á los faros, á causa de la oxidación que en los mismos originaria la acción del agua y la de los vapores del mar. Por medio de bandas circulares de vidrio, logró Fresnel dirigir todos los rayos hácia ocho puntos diferentes del horizonte marítimo con una intensidad notable; y para conseguir que su luz se proyectase por todas las direcciones, no comprendidas en las líneas de los ocho haces de luz, á los cuales nos hemos contraído, puso en movimiento, por medio de un sencillo mecanismo, el faro, que al efectuar sus revoluciones, derrama sucesivamente su luz por todos los puntos del horizonte: desde uno de los cuales notará el observador en el transcurso de la revolución del aparato, períodos de oscuridad, que son los que corresponden al arco que separa las direcciones de los ocho haces de luz. A causa de esta propiedad, se denominan faros de eclipse los aparatos que nos ocupan, sirviendo á mas la sucesión de las luces, diversa para todos aquellos, puesto que la aparición y eclipse de las luces depende de la velo-

cidad con que efectúa el faro sus revoluciones, para reconocer los navegantes los diferentes faros y deducir por estos las costas y la situación en que se encuentran.

Bastan los detalles que hemos espuesto para apreciar todo el valor de los faros, tal como se construyen hoy, y para poner de manifiesto la importancia de los estudios científicos por insignificantes que aparezcan; estudios que pretendemos popularizar, haciendo cuanto depende de nosotros para amenizar su esposición, describiendo aparatos generalmente conocidos, y cuya construcción y aplicaciones reposan en teorías y hechos científicos que importa conocer.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Asegúrase que el Congreso se reunirá en París el 5 de enero; muchos creen que á él asistirá Palmerston, siendo Cowley el segundo plenipotenciario por la Inglaterra: el primero por Francia será el conde Walewski, que lo presidirá probablemente; creíase que el segundo plenipotenciario francés sería Bourqueney, aunque muchos se inclinaban á la creencia de que lo sería Banneville.

El *Monitor* insertó días pasados el parte oficial recibido por el ministro de Marina, del vicealmirante Romain-Desfossés, relativo al bombardeo de dos fuertes de la barra del río de Te-tuan.

Dícese que algunos banqueros y fuertes capitalistas han escrito al emperador Napoleon, relativamente á la cuestión de paz entre la Francia y la Inglaterra, y que han recibido una respuesta satisfactoria.

En Turin circulaban estos días rumores en extremo contradictorios acerca de la forma de gobierno que debe establecerse en la Rumanía, y en los ducados de Parma y Módena.

Dice el *Morning-Post* que el baron Ricassoli ha ido á Turin llamado por el rey, para arreglar la cuestión de regencia; pero las conferencias celebradas entre él y el ministro de Estado de Victor Manuel, no han producido, según parece, los resultados que se esperaban. Así, pues, Ricassoli disponía su marcha.

Sin embargo, como en todas las noticias extranjeras se advierten tantas y tan singulares contradicciones, hé aquí que un parte de Turin dice todo lo contrario á la anterior noticia: según este parte, el asunto relativo á la delegación de Mr. Buoncompagni está arreglado con Ricassoli.

El primero irá, pues, en breve á Florencia, como gobernador general de las provincias de la Italia Central.

Correspondencias de Lóndres dicen que lord Palmerston no asistirá al Congreso, porque en Inglaterra no es costumbre que el presidente del gabinete salga del reino.

Las gestiones del embajador francés en Constantinopla, de acuerdo con el de Inglaterra, van produciendo los resultados favorables que se supusieron desde el principio, en favor de la cuestión del istmo de Suez. La diplomacia inglesa queda eclipsada en todas partes por el brillo, notablemente superior, de la diplomacia napoleónica.

ca. Este es un hecho que no desvirtuarán todos los subterfugios y sutilezas del orgullo británico, actualmente humillado en todas las cuestiones.

El parlamento inglés está convocado para el 24 del mes próximo. La *Gaceta de Lóndres* ha publicado el decreto, el 30 del mes último, según participa el telégrafo.

Créese generalmente que la Francia y la Inglaterra están de acuerdo para reconocer la soberanía de la Italia Central, y que su voto prevalecerá en el Congreso, pues se verá apoyado con el de Suecia, el Piamonte, Rusia y Portugal, y acaso España; al paso que la causa de la restauración y la tiranía tudesca no contará sino con el voto de los que viven á su sombra; esto es, con el voto del Austria, Roma y Nápoles.

En París corrian estos días rumores contradictorios; unos creían que los Ducados no enviarían diplomáticos al Congreso, en tanto que otros suponían que los habria enviados por los príncipes destituidos; y otros, finalmente, imaginaban que habria representantes del gobierno de hecho que allí manda. El título oficial de Buoncompagni es el de *Gobernador general de la Liga de la Italia Central*.

Según el *Pays*, eran ya conocidos algunos nombramientos. Los primeros plenipotenciarios de Prusia y Austria serán los ministros de Negocios extranjeros. Por parte de Prusia, asistirá al congreso Latour Auvergne; por el Piamonte, Talleyrand; por Portugal, Cominges; por Baviera, Bonneville, y por los Estados-Unidos, Mercier. Rusia y el Portugal se han adherido á la idea del Congreso.

Entre la Prusia y el Hesse-Electoral no reinan las mejores relaciones. Mr. de Ladoco, ministro plenipotenciario de Prusia en Cassel, ha abandonado su puesto. Durante algun tiempo ha mediado un conflicto en el pueblo del último Estado, con relacion á la constitucion del país, y el gobierno de Prusia, que apoyaba en los últimos diez años al Elector, y le sostenía en el poder, ha cambiado de política y desea ahora que se restablezca la constitucion liberal de 1832.

El conde Edmundo de Hartig, actual representante de Austria en Munich, es el designado para desempeñar el mismo cargo en Turin. El citado conde recibió su educacion en Milan, y su padre fué gobernador de la Lombardia.

La esposición universal anunciada para 1861, en Lóndres, parece será aplazada para 1862, en atención al estado de intranquilidad en que se halla actualmente Europa.

Los partidarios de la reforma financiera en Inglaterra se han reunido uno de estos días en la sala filarmónica de Liverpool, para hacer una gran demostración popular, respecto de la que reinaba gran interés en todas las clases de la sociedad, según refiere el *Liverpool Mercury*.

Circula nuevamente la noticia de que se trata de comprar el Véneto al Austria, si bien ahora se atribuye este intento al emperador Napoleon, quien parece haber ofrecido al efecto á Francisco José una crecida suma.

Hablando el *Times* de las ventajas que tendria para la Inglaterra el verse representada en el Congreso por lord Palmerston, dice:

«El interés que lord Palmerston ha manifestado siempre en favor de la causa italiana, es para nosotros una garantía de que este hombre de Es-

tado espresará los sentimientos del pueblo inglés; y si hiciese de la Italia un reino estable y próspero, sería coronar dignamente una larga y brillante carrera.»

El general Collineau y sus ayudantes de campo han llegado á Tolon, de donde partirán para la China. La expedición se ha completado ya con la llegada de los cuerpos de ingenieros y artillería.

En la India continuaba la inquietud, á la fecha de las últimas noticias, siendo insuficientes los esfuerzos de los ingleses para atajar las insurrecciones.

En el *Monitor toscano* leemos las siguientes líneas:

«El Congreso europeo, que se reunirá en París en los primeros días de enero, encontrará á la Italia en espera, pero unida y decidida á hacer valer sus derechos. Nosotros, italianos del Centro, estamos hoy mejor organizados y mejor armados que al fin de la guerra. Debemos perseverar en nuestro programa, que quiere un reino italiano fuerte, y la unión nacional que debe comprender á todos los italianos, desde los Alpes al Rubicon. Esta unión es la sola nacional, la sola verdaderamente italiana, porque estingue todas las viejas divisiones y reúne alrededor de su rey toda la familia de los pueblos italianos.»

De Constantinopla escriben que ha sido muerto alevosamente el delegado del príncipe Danilo. En dicha capital continuaban los anuncios de grandes reformas.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

El ilustre colegio de abogados de Madrid ha celebrado ya la sesión anual para la elección de los individuos de su Junta de gobierno. El señor Cortina, que viene siendo reelecto decano hace once años, dió cuenta del satisfactorio estado en que se hallan los negocios de la corporación, que, además de poseer una rica y escogida biblioteca, y de tener montadas con la mayor decencia todas sus dependencias, cuenta con respetables fondos, tanto en metálico como en papel del Estado, sin olvidar que sus ingresos anuales son de más importancia que sus obligaciones.

En el discurso que para dar cuenta del estado de los intereses de la corporación dirigió el señor Cortina á la multitud de colegiales allí congregados, les hizo presente, como en los años anteriores, la conveniencia de reemplazarle. La mayoría de la reunión no lo estimó así, y el Sr. Cortina fué electo otra vez más, como también los Sres. Cabanilles, Cutanda y Silvela, siendo nuevamente electos los Sres. Lobo, Olózaga (D. José) y Muñiz Vega. También fueron reelegidos el tesorero, Sr. Torre Bosuet, y el secretario, Sr. Rollan, que cuentan inmensas simpatías.

—Ha llegado á esta corte el célebre prestidigitador Rafael Macaluso.

—La Diputación provincial de Oviedo ha destinado 40,000 rs. para la exposición que debe celebrarse el año próximo de 1860.

—El viernes de la anterior semana fué abierta al público, después de restaurada, la iglesia de Monserrat, plazuela de Anton Martín, celebrán-

dose con este motivo una solemne función, en que ofició de pontifical el señor arzobispo D. Antonio María Claret, y pronunció el panegirico D. Buenaventura Vilaseca. Por la noche hubo ejercicios, y predicó dicho Sr. Claret.

—Ha sido aprobado el proyecto de reconstrucción del puente de Guadalbullon en la carretera de Granada, el cual fué destruido por una fuerte avenida.

—La iglesia de Cantalejo, en la provincia de Segovia, ha sido robada. Los criminales deben haber sido chalanos de los que estuvieron en la feria de Turégano, y uno de ellos debe llevar una herida en la cara.

—Según nuestras noticias, careceremos este invierno por completo de las suntuosas fiestas de la embajada rusa, pues tan luego como se verifique el alumbramiento de nuestra reina, pasarán á residir á Valencia los príncipes de Galitzin, con el fin de disfrutar el clima suave y agradable de la ciudad del Cid.

—En Málaga se va á proceder á la adjudicación periódica de premios á las clases jornaleras por acciones virtuosas, adjudicación que tan precioso fruto está ya dando en Barcelona, Jerez y no recordamos si en alguna otra población.

—El domingo celebró la Academia de San Fernando sesión pública para dar posesión de su plaza de académico de número al Sr. D. Francisco Enriquez y Ferrer. Contestó á su discurso en nombre de aquella ilustre corporación el Sr. D. José Caveda.

—Ya han llegado á esta corte las nodrizas entre las que han de escogerse las dos que han de lactar al nuevo vástago que dé á luz S. M.: una como propietaria y la otra en sustitución. Han venido cuatro: dos de Búrgos y dos de la Montaña.

—Se ha aplazado para cuando regrese el conde de Lucena, la sanción de la ley del Consejo de Estado, así como la de reforma de la orden de San Fernando, la de ascensos y la de sanidad militar. Las razones de delicadeza que han impulsado á los señores ministros á suplicárselo así á S. M., son dignas de consideración y de elogio.

—El jueves 8 tuvo lugar en el real palacio una solemne ceremonia dispuesta por la piedad de nuestros augustos reyes.

En la capilla pública á que concurrieron SS. MM., sus augustos hijos, toda la familia real y los jefes y altos dignatarios de la servidumbre, tuvo lugar la bendición de las dos banderas que, como saben nuestros lectores, regalan los reyes al ejército de Africa.

Estas banderas, bordadas con el más esquisito primor, representan: la de S. M. la reina, por un lado la Purísima Concepción, por el otro las armas reales; la de S. M. el rey, por un lado las venerandas imágenes de Nuestra Señora del Olivo, del Triunfo y de la Misericordia, y por el otro un crucifijo.

Durante el acto de la bendición, en que ofició el señor patriarca como vicario general del ejército, tuvo las banderas el teniente general Lemery, jefe del cuarto de S. M. el rey.

Las banderas han sido remitidas al ministro de la Guerra con una carta autógrafa de S. M. para el general en jefe del ejército, cuyas afectuosas frases llenarán de noble orgullo al caudillo y al ejército á quien se destinan.

—Parece que se ha tratado de confiar la organización de las inspecciones mercantiles y económicas de los caminos de hierro que deben establecerse á principios del año próximo, al Sr. de Ibarrola, antiguo oficial del ministerio de Fomento y director general que ha sido de Obras públicas en la isla de Cuba.

RÓMULO.

CRÍTICA TEATRAL.

TEATRO DE LOPE DE VEGA.—EL PADRE DE FAMILIA, drama en tres actos y en verso, original de D. Luis Rivera.—VIVIR SOLO, pieza en un acto, silbada, original de no sabemos quién.—LA CAJA DE PLATA, comedia en un acto tomada de una novela de Alejandro Dumas (hijo).—LOS HERMANOS CALASPARRA, pieza en un acto traducida del francés.—TEATRO DEL PRÍNCIPE.—LOS PARIENTES DEL DIFUNTO, comedia en tres actos y en prosa, traducida del francés, por D. José Nuñez.

A pesar del largo sumario que antecede, muy pocas palabras tenemos que decir en la presente revista. Ni la índole de las obras que se han estrenado, ni su importancia literaria, merecen en efecto que nos detengamos mucho en este número, quitando el espacio que reclaman las otras secciones del periódico. Habrán, pues, de contentarse nuestros constantes abonados, con que les demos cuenta del éxito que dichas producciones han alcanzado en los teatros de esta corte, dejando para otras de más importancia el ocuparnos de ellas con la extensión que acostumbramos.—Empezaremos, pues, por *El Padre de familia*, drama en tres actos y en verso del Sr. Rivera, estrenado con buen éxito en el teatro de Lope de Vega, pero falto de interés y de acción, hasta el extremo de que á la tercera noche tuvieron que suspenderse las representaciones. Ni la bondad de su ejecución por parte del eminente actor D. Julian Romea, ni lo bien versificado del drama, fueron suficientes á vencer la indiferencia del público. Después se ha vuelto á poner en escena en este teatro la lindísima comedia en tres actos, original del Sr. D. Ventura de la Vega, titulada *El Hombre de mundo*. El éxito que ha obtenido últimamente esta producción ha sido tan lisonjero para su autor como en la primera noche de su estreno. Tanto los Sres. Romea, hermanos, como las Sras. Berrobiano y Gutierrez, desempeñaron sus respectivos papeles admirablemente, habiendo obtenido la honra de ser llamados al proscenio á la conclusión de la comedia. En este mismo teatro se han estrenado últimamente tres piezas en un acto. La primera se titula *Vivir solo*; la segunda *La Caja de plata*, y la tercera *Los Hermanos Calasparra*. Un sentimiento de delicadeza nos impide hablar por cuenta propia de la segunda de estas producciones, y estamos seguros que los que nos leen, lo juzgarán también así, al saber los lazos de afinidad que con dicha producción nos unen. Empero á fin de tenerlos al corriente del éxito que obtuvieron estas tres piezas, insertamos á continuación los diferentes juicios que debió á la mayor parte de nuestros colegas de la prensa, no sin dejar an-

tes consignada en este lugar nuestra profunda gratitud. Empezaremos por la *Iberia* que decia lo siguiente:

«LOPE DE VEGA.—Anoche se estrenaron en este teatro tres piezas.

»La primera titulada *Vivir solo*, es un juguete original falto de mérito.

»La segunda tomada de una novela de Alejandro Dumas (hijo), y arreglada á nuestra escena bajo el título de *La Caja de plata*, por el Sr. García Gonzalez, tiene un pensamiento delicado, espiritual, y mereció la favorable acogida que el público la dispensó.

»En su ejecucion estuvieron felicísimos los señores Romea (D. Julian y D. Florencio), y la señorita Berrobiano, que al concluirse la representacion fueron llamados á la escena.

»La tercera, titulada *Los Hermanos Calasparra*, traducida del francés, es un tejido de despropósitos.»

La Discusion:

«TEATRO DE LOPE DE VEGA.—Tres piezas se estrenaron anoche en este coliseo. *Vivir solo*, se titula la primera, y fué mal recibida.

»*La Caja de plata* es la segunda, escrita por el Sr. García Gonzalez, y cuyo pensamiento está tomado de una novela de Dumas, que lleva el mismo título. Es una comedia delicada, que fué aplaudida con justicia, y pedido al final el nombre del autor. En su desempeño se distinguieron la Srta. Berrobiano y el Sr. Romea.

»La tercera pieza se llama *Los Hermanos Calasparra*, y está arreglada del francés. Entretuvo al público, é hizo reir mas de una vez.»

La España:

«ESTRENOS.—*Vivir solo*, sandez mayúscula, con puntas y ribetes de grosera; *La Caja de plata*, lindo y espiritual juguete, arreglo de una novela de Dumas, hijo, hecho con felicidad por el Sr. García Gonzalez, perfectamente interpretado por la Srta. Berrobiano y los Sres. Romea, y con justicia aplaudido por el público, y *Los Hermanos Calasparra*, arreglo tambien de otra cosa que recordamos haber visto representada hace muchos años, y que entonces, como anoche, nos pareció un conjunto de despropósitos: tales son las novedades con que anoche nos regaló el teatro de Lope de Vega. Es de suponer que hoy no se representen la primera ni la tercera: otras dos funciones como la de anoche, y el teatro de Lope de Vega puede cerrar sus puertas.»

El Occidente:

«TEATRO DE LOPE DE VEGA.—Tres piezas se estrenaron anoche en este coliseo; y con decir que fueron tres, hacemos muchísimo favor á la primera, titulada: *Vivir solo*, porque ni como sainete podria tolerarse en el mas ínfimo teatro de provincia.

»La segunda, *La Caja de plata*, escrita por el Sr. García Gonzalez sobre el argumento de una novela de Alejandro Dumas, es un lindo juguete que no carece de novedad, y que el público recibió con aplausos. En su desempeño se distinguieron la Srta. Berrobiano y los Sres. Romea.

»*Los Hermanos Calasparra* es el título de la tercera pieza, arreglada del francés. Es un continuado *quid pro quo* desde la primera hasta la última escena, que entretiene agradablemente.»

El Clamor Público:

«En el teatro de Lope de Vega se estrenaron

anoche tres piezas en un acto. La primera, titulada *Vivir solo*, obtuvo un éxito desgraciado. El público no pudo soportarla. La nominada *La Caja de plata*, arreglo del Sr. García Gonzalez, fué mas afortunada. Está tomado el argumento de una novela de Dumas, hijo, y agradó, siendo llamado el arreglador á la escena. Se distinguieron en la ejecucion los Sres. Romea y la señorita Berrobiano. No nos esperamos á la tercera.»

Las Novedades:

«TEATROS.—En el de Lope de Vega, que, entre paréntesis, merece verse mas concurrido, se estrenaron anoche tres piezas en un acto: la primera, original, *Vivir solo*, de autor desconocido, que tiene interés en guardar el mas riguroso incógnito, puesto que su produccion *nació muerta*, como suele decirse; la segunda, un feliz arreglo del Sr. García Gonzalez, *La Caja de plata*, que el público oyó con interés y aplaudió justamente.

»La ejecucion fué como era de esperar, hallándose encomendada á la Srta. Berrobiano y al Sr. Romea.

»La tercera, traduccion del francés, con el título *Los Hermanos Calasparra*, es un sainete de despropósitos, que á fuerza de disparates llegó á hacer reir á los espectadores. Su protagonista, el Sr. Albalat, desempeñó muy bien su papel.»

Por último, *La Correspondencia autógrafa* decia así:

«Tres piecitas se estrenaron anoche en el teatro de Lope de Vega; *Vivir solo*, *La Caja de plata* y *Los Hermanos Calasparra*. El público silbó la primera, original de no sabemos quién. La segunda, que es un lindo arreglo del Sr. García Gonzalez, agradó en extremo, no solo por la facilidad y soltura con que está dialogada, sino por la novedad del argumento y la esmerada ejecucion. *Los Hermanos Calasparra*, que se presentaba tambien como un arreglo del francés, no debió pasar el Pirineo.»

Por nuestra parte, solo nos cumple dar las mas espresivas gracias á todos nuestros colegas, no solo por la justicia que han sabido hacer al hablar de la buena ejecucion, sino tambien por su estremada galanteria al ocuparse de nuestro insignificante trabajo.

En el coliseo del Principe se ha estrenado últimamente una comedia en tres actos y en prosa, traducida del francés, y titulada *Los Parientes del difunto*. Mas que comedia, es un animado cuadro de costumbres, y cada uno de sus personajes un tipo exactamente fotografiado, de los muchos que ofrece la sociedad moderna. En la ejecucion de esta comedia se distinguió el Sr. Catalina (D. Manuel) y la Srta. Hijosa.

Hemos concluido, amigo lector, y deseándote felices Pascuas, nos despedimos de tí hasta el número próximo.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Le Boudha et sa religion, par M. J. Barthelemy SAINT-HILAIRE. Un vol. in-8°; Didier.

¿Por qué ha realizado tan poco bien en la humanidad el budismo, religion que cuenta mas sectarios que otra alguna en la superficie del globo?

Esta es la cuestion, que se propone el autor en la primera página de su libro, y la que trata de resolver. Acaso se censure en los argumentos, que toma de otra religion y civilizacion, una exagerada severidad para con un culto, cuyas prácticas vulgares podrán ser perniciosas como en otras muchas; pero cuyo pensamiento íntimo es una fórmula de nuestro destino, elevada á la altura en que se igualan todos los resultados filosóficos, ya sea que la propia conciencia humana se esceda, ó bien que se absorba voluntariamente en una idea superior. El libro de M. Barthélemy Saint-Hilaire, notable por su claridad y erudicion, se divide en tres partes, que pueden ofrecer tres cuadros independientes: orígenes del budismo cinco y medio siglos antes de Jesucristo; el budismo en la India en el séptimo siglo de nuestra era; por último, el budismo de Ceylan en 1858.

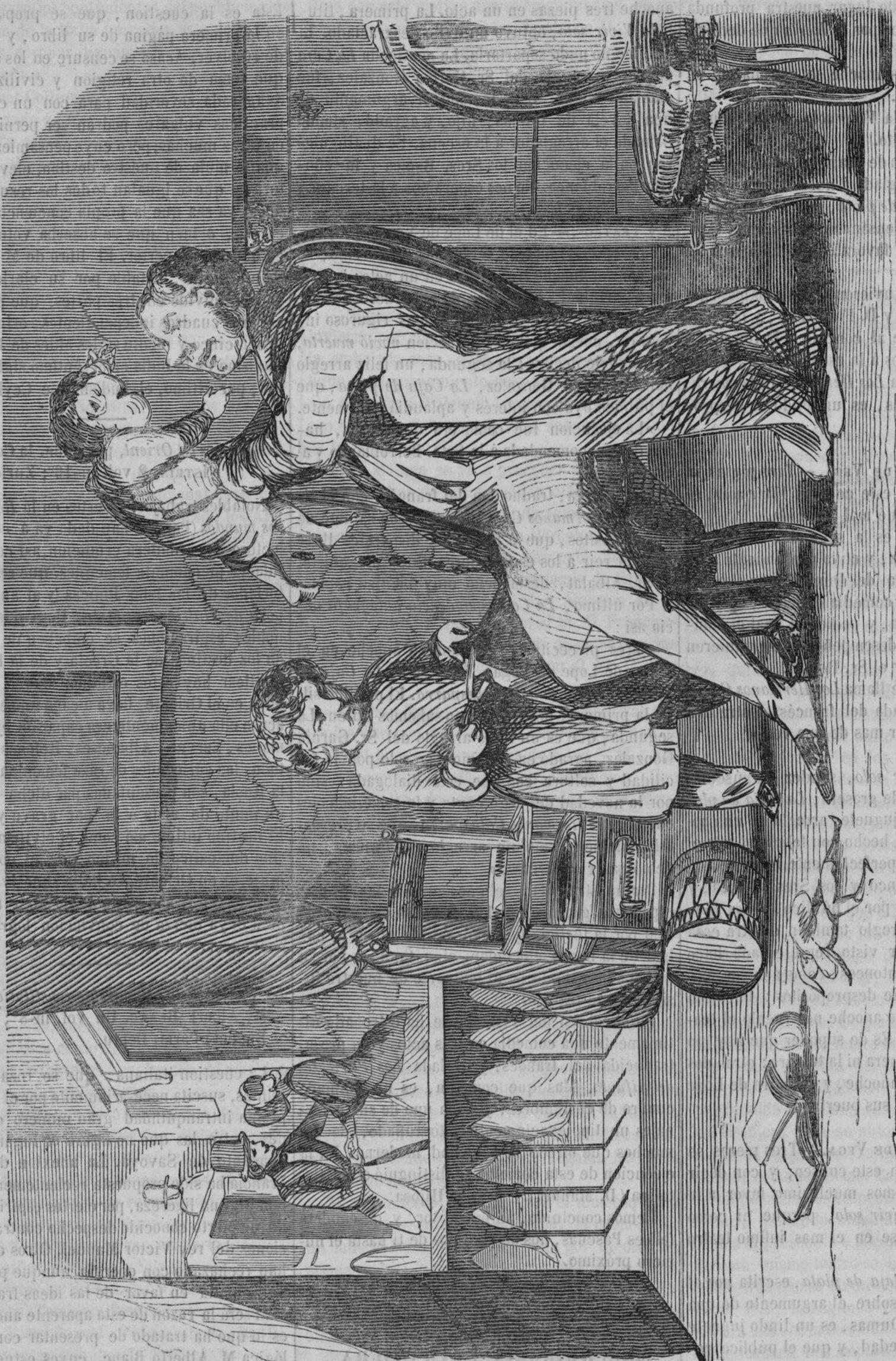
Les femmes en Orient, par Mme. la Comtesse DORA D'ISTRIA. 2 vol. in-16°; Zurich.

Notables trabajos, insertos en la *Revista de ambos mundos* (París), han dado ya á conocer á sus lectores la verdadera erudicion, así como las cualidades plenamente femeniles, que realzan al historiador de las Islas Jónicas y al autor de *Eleonora de Haltinguen*. Mme. Dora d'Istria, cuyas nobles aspiraciones se embeben de preferencia en los destinos de la Grecia y de la Rumanía, al publicar hoy estos estudios acerca de las mujeres en el Oriente, lleva á cabo una empresa, que acaso ella únicamente era capaz de ejecutar. Rumanos, Servios, Albaneses, Helenos, Turcos y todas las variedades de raza femenina, que abraza la Rusia, son presentadas por dicha señora bajo un punto de vista á la par grave y pintoresco. El destino íntimo así como el civilizador, el destino doméstico lo mismo que el político de las mujeres en Oriente, se halla sucesivamente muy bien descrito, con estilo acaso algo redundante, pero cuya fuerza de conviccion logra adherir y convencer.

La Savoie et la Monarchie constitutionnelle, par M. Albert BLANC. Un vol. in-8°; Chambéry, Boudet; Paris, Dentu.

La cuestion italiana, que se roza con tantos puntos, suscita necesariamente por el hecho de su propia intranquilidad gran número de dificultades, entre las que no figura en lugar secundario el asunto de Savoya. La anexion de esta á la Francia ha sido propuesta recientemente, aunque con alguna ligereza, por ciertos espíritus, naciendo de cierto conocido despecho contra las intenciones del rey Víctor Manuel. Otros escritores la han rechazado con energía, aunque poseen grande simpatia en favor de las ideas francesas. ¿Y cuál será la razon de esta aparente anomalía? Esto es lo que ha tratado de presentar con sostenida lógica M. Alberto Blanc, cuyos estudios, acerca de la monarquia representativa en el Piamonte, obtuvieron merecida atencion. En sus páginas, en que el jóven escritor da muestra de ser recto entusiasta, se juzga con aplomo el movimiento separacionista.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
—editor responsable y propietario.—



DELICIAS DE LA PATERNIDAD.

Nene... nenito mio, haz una fiestecita a papá, hasta que la pobre mamá vuelva de sus quehaceres.

SUMARIO. Ocho días en el Castillo, por Federico Soulié, pág. 817.—La Hija de Antonio Perez, por D. Pedro Escamilla, pág. 822.—Historia ilustrada de la Guerra de Africa, pág. 823.—De la Guerra en Africa, por el general Yusuf, pág. 826.—Sección religiosa, pág. 827.—Sección científica, pag. 828.—Crónica extranjera, pág. 829.—Crónica española, pág. 830.—Crítica teatral, pág. 830.—Bibliografía extranjera, pág. 831.

Advertencia importante.—La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamación que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la repartición del número, y en Provincias á los ocho días de su publicación, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.